

## **LA PRÁCTICA DE ESCRIBIR ENTRE LOS PRIMEROS FENICIOS PENINSULARES Y LA INTRODUCCIÓN DE LA ESCRITURA ENTRE LOS PUEBLOS PALEOHISPÁNICOS**

José Ángel Zamora López

Los hallazgos de inscripciones fenicias en la Península Ibérica suelen ser considerados escasos y poco importantes, sin relevancia como documentos históricos o reflejo de un mundo fenicio occidental escasamente letrado. La intensa actividad arqueológica, que ha sacado a la luz a lo largo de los últimos años abundantes e importantes restos de la presencia de antiguas gentes orientales en la Península, no parece haber dado lugar a un incremento similar de los hallazgos epigráficos, del mismo modo que no han sido hallados ni conjuntos documentales relevantes ni epígrafes monumentales o de cierta longitud. Tal hecho ha mantenido vigentes las dudas, ya antiguas, sobre el papel realmente interpretado por los fenicios en la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos, dudas que se han convertido en ocasiones en renuencia o abierto rechazo a aceptar cualquier intervención fenicia en el proceso. Esta posición, contraria en buena lógica a mucho de cuanto hoy sabemos sobre las primeras escrituras locales (su área y cronología aproximada, la morfología y valor de sus signos, sus formas de aprendizaje, su desarrollo y evolución) ha sido sin embargo mantenida, no sólo por investigadores de las lenguas y escrituras peninsulares, si no también por semitistas de prestigio<sup>1</sup>.

Sin embargo, en la discusión sobre el «factor fenicio» en la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos, no es la epigrafía, si no la práctica escrita, la que debe ser considerada. Debemos por tanto

---

<sup>1</sup> Cf. Röllig (1986), pp. 51-58; Röllig (1995a), pp. 193-214; cf. esp. p. 199, contra de Hoz (1991), pp. 669-682.

preguntarnos, primero, acerca de la realidad del número e importancia de los epígrafes fenicios peninsulares, considerando los problemas documentales generales y particulares de la epigrafía fenicia; después, debemos interrogarnos acerca de lo que estos epígrafes revelan sobre los usos de la escritura por parte de los fenicios en la antigua Península Ibérica; por último, debemos preguntarnos acerca de las implicaciones de tales usos en el proceso de introducción de la escritura entre las poblaciones indígenas.

### **LAS INSCRIPCIONES FENICIAS PENINSULARES ¿POCAS Y POCO IMPORTANTES?**

Ciertamente, durante mucho tiempo los hallazgos epigráficos fenicios en la Península fueron escasos, y más escasos todavía los pertenecientes a los periodos presuntamente germinales en el desarrollo de las escrituras indígenas. La inercia de la opinión adquirida y la dificultad de conocer y valorar las novedades prolongó por añadidura la imagen de la Península Ibérica como un área fenicia prácticamente anepígrafa, a pesar del incremento nominal del número de hallazgos<sup>2</sup>.

Desde el punto de vista documental cabe hacer sin embargo algunas matizaciones iniciales, que redibujan el problema de base, aunque sin eliminarlo. En efecto, el número de inscripciones fenicias encontradas en los últimos veinticinco años en la Península no ha dejado de crecer, duplicando y hasta triplicando los testimonios, hasta pasar del doble centenar<sup>3</sup>. El número de hallazgos no es ya, por tanto, reducido. Algunos de estos epígrafes, además, son ejemplares de gran calidad, arquetípicamente fenicios. Sin embargo, el incremento del número de documentos sigue siendo muy irregular, con zonas y sobre todo periodos sin apenas testimonios. En muchos casos los epígrafes son dudosos, y en algunas circunstancias resultan poco significativos a los efectos que aquí nos ocupan<sup>4</sup>. Las mejores ins-

---

<sup>2</sup> Compárese, en una misma publicación, la opinión de Röllig (1986) y la presentación de Fuentes (1986a), pp. 5-30; cf. el mismo año Fuentes (1986b).

<sup>3</sup> En los archivos del *Corpus Inscriptionum Phoenicarum* hay registrados, en marzo de 2005, 227 documentos procedentes de España y Portugal. Sin embargo, al margen de tratarse de un archivo en permanente actualización, las fichas incluyen también los documentos dudosos, así como aquellos considerados fenicios en el pasado, aunque los editores del *corpus* (para no desconcertar a los usuarios con falsas ausencias) indican expresamente su opinión contraria. Cf. nota siguiente. Sobre el proyecto *CIP*, cf. Cunchillos, Xella, Zamora (2000 e. p.); Zamora (2000), pp. 112-115. Sobre su banco de datos, véase también Zamora (1998).

<sup>4</sup> Muchos grafitos cerámicos propuestos como epígrafes son en realidad marcas no epigráficas; otros podrían no ser fenicios; muchas piezas inscritas son de proceden-

cripciones son todavía las tradicionalmente conocidas, algunas de ellas importadas o dudosamente inscritas en la Península, mientras siguen sin aparecer grupos documentales extensos o ejemplos de «gran epigrafía» monumental. No es por tanto de extrañar que, a pesar de las nuevas cifras, se mantengan opiniones antiguas y pervivan valoraciones de corte negativo<sup>5</sup>.

## **EL NÚMERO DE TESTIMONIOS CONSERVADOS**

Pero, como pretendimos mostrar en un trabajo anterior<sup>6</sup>, escasez o abundancia no son conceptos absolutos. El presente estado de opinión sólo se mantiene comparando los testimonios epigráficos fenicios con el general de los arqueológicos (que hace a los primeros reducidos frente a los numerosos segundos). Sin embargo, y aunque se trate de un tópico quizás demasiado frecuente en este y otros casos, es justo reconocer que la arqueología fenicia en la Península, a pesar de sus muchos progresos, todavía se enfrenta a numerosos interrogantes y a una ingente cantidad de trabajo por hacer. Se está en condiciones de valorar mejor los ya más abundantes hallazgos, pero justamente por ello se conoce también mejor la necesidad de continuar con prospecciones, excavaciones y estudios, bien en zonas o yacimientos todavía no suficientemente explorados, bien en lugares conocidos pero apenas excavados (de los que veremos más tarde algún ejemplo). El panorama de hallazgos epigráficos, por tanto, podría cambiar en el futuro, y es probable que el mantenimiento de la actividad arqueológica mantenga también el ritmo de aparición de nuevos testimonios<sup>7</sup> y haga así mismo posible el hallazgo ocasional de documentos singulares e incluso de grupos de ellos.

---

cia extra-peninsular, o han sido directamente halladas en el área hispana, pero marítima o insular (con el añadido de que los grupos documentales más numerosos, que aumentan considerablemente el número total de hallazgos, son grafitos sobre cerámicas halladas en pecios); pocos son los documentos o grupos de documentos peninsulares hallados en contexto arqueológico claro. Cf algunas consideraciones recientes en Zamora (2003 e. p.)

<sup>5</sup> Compárense el trabajo de Röllig (1986) con el más reciente Röllig (1995a). Compárense también los incluso más antiguos Amadasi (1967) y Amadasi (1978), pp. 33-42 con Amadasi (1994), pp. 193-203.

<sup>6</sup> Zamora (2004), pp. 299 y ss.

<sup>7</sup> Sólo en los últimos meses, por ejemplo, y por nombrar tan sólo aquellos cuyo estudio corre o ha corrido a cargo del autor, se han hallado nuevos documentos en diferentes zonas de la Península, pertenecientes a su vez a diferentes épocas: hay nuevas inscripciones del periodo más antiguo (p. ej. en la misma Cádiz, en la excavación del solar llamado de la «Calle Ancha»); las hay también de un periodo algo más avanzado (p. ej.

Ahora bien: es necesario reconocer también que, frente a las expectativas levantadas, los progresos en la arqueología fenicia peninsular no han conllevado un progreso documental similar en el plano epigráfico, lo que exige alguna explicación. Defender además la existencia de un hecho de cultura no documentado cuya evidencia podría surgir de la actividad arqueológica futura no sólo es un razonamiento débil y pasivo, si no también, por muchas razones, una argumentación demasiado optimista. Sobre todo por los propios hallazgos que ya poseemos (muchos casuales, la mayoría aislados, algunos azarosamente agrupados, todos desigualmente distribuidos): no existe en el mundo fenicio una relación necesariamente directa entre hallazgos arqueológicos y restos epigráficos. Como veremos, y será clave en la comprensión y valoración de la documentación, tampoco es simple la relación que se establece entre actividad escrita y epigrafía.

Pero restringiéndonos por el momento a la estricta epigrafía, la comparación con otros territorios de intensa presencia o influencia fenicia ayuda a relativizar la presunta escasez de los hallazgos peninsulares. Al fin y al cabo, los lugares reconocidos hasta ahora como establecimientos fenicios en la Península Ibérica (con su organización, su entidad demográfica, su territorio asociado y sus áreas de influencia) no tienen comparación posible con otras áreas más amplias, más densamente pobladas y más antigua y complejamente organizadas del universo fenicio. Y, sin embargo, el número de hallazgos de una y de otras no refleja siempre una diferencia acorde a la esperada. El mismo territorio del actual Líbano, más o menos coincidente con la «Fenicia» clásica, proporciona apenas tres centenares y medio de epígrafes, a pesar de la densa y continua presencia de fenicios en la región y del largo e intenso uso en la zona del alfabeto lineal y de la lengua fenicia. Además, para determinadas épocas y lugares, la ausencia de testimonios es casi total. Los específicos problemas arqueológicos del país explican la (de nuevo relativa) escasez de epígrafes hallados (así lo confirma la multiplicación de los grafitos y breves epígrafes conocidos con la apertura de nuevas excavaciones regulares)<sup>8</sup>, pero la comparación entre cifras advierte ya de los riesgos de una valoración meramente cuantitativa.

---

el *óstrakon* de Tavira, en el sur de Portugal); de época púnica (grafitos y estampillas de ánfora en la costa mediterránea) e incluso neopúnica (el reciente hallazgo de un fragmento de pizarra inscrita en Alcalá del Río, Sevilla).

<sup>8</sup> Nótese p. ej. cómo en un área como la tiriota, en la que la escasez de testimonios del primer tercio del I milenio a. C. era prácticamente total, la apertura reciente de excavaciones ha supuesto de manera casi automática el hallazgo de nuevos epígrafes y la recuperación y valorización de otros (de los que frecuentemente se ignoraba todo

En realidad, la distribución cronológica y espacial irregular es una manifestación característica del corpus fenicio<sup>9</sup>. De relacionar estos testimonios de forma directa con la práctica escrita subyacente, la escritura apenas habría sido usada en muchos de los establecimientos fenicios durante largos periodos de tiempo (incluyendo entre las zonas y épocas escasamente letradas aquellos lugares y momentos que explican la aparición de nuevas pruebas de extensión de la escritura). El volumen de información de una determinada área no sólo no es un dato absoluto; no es en sí mismo, como veremos, significativo de una mayor o menor práctica escrita.

### **LA IMPORTANCIA DE LOS TESTIMONIOS**

Tampoco las consideraciones sobre la entidad de los epígrafes se hallaban y hallan libres de prejuicios. Por supuesto, la epigrafía tradicional daba mayor importancia a las inscripciones de una cierta longitud, continentes de buena información lingüística e histórica. Esta última se acrecentaba, ante todo, en las grandes inscripciones monumentales, emanadas con frecuencia de un poder político fuerte (casi siempre un monarca), respondiendo a propósitos propios de la ideología que sustentaba su posición. Tampoco se desdeñaban, aunque la información pudiera ser más escueta o repetitiva, los grandes grupos documentales que atestiguaban una práctica epigráfica regular, ligados normalmente a santuarios y necrópolis. Estos epígrafes «de entidad» coincidían, a grandes rasgos, con los producidos *ex profeso* ya en origen para resistir el paso del tiempo (la para muchos «verdadera» epigrafía) y, más que una muestra de práctica escrita, eran muchas veces considerados como la práctica escrita por antonomasia. En el mejor de los casos, se entendía

---

contexto y a los que se llegó incluso a calificar como falsos), *cf.* Sader (2005), esp. pp. 84ss. Aún así, a pesar de esta actividad reciente de estudio y publicación, apenas poseemos una cuarentena de documentos de este tipo (muy escuetos, en su mayor parte correspondientes a nombres propios, cuyo valor es en cualquier caso extremo a la hora de considerar el desarrollo de la epigrafía funeraria «privada»). *Cf. infra.*

<sup>9</sup> Insistiendo en un ejemplo revelador, de las 10000 inscripciones que podrían formar la herencia epigráfica fenicia, cerca de 7000 pertenecen a una época particular y a un lugar todavía más concreto: proceden del llamado *tofet* de Cartago. Otros pocos puntos muy localizados se reparten un número elevado de testimonios (aun bajo la forma de mínimos grafitos), quedando el resto muy repartido. De hacer del número y localización de los epígrafes la principal base valorativa, habría por ejemplo que considerar la epigrafía fenicia como un fenómeno mayoritariamente tardío y occidental, además de no excesivamente extenso. Sobre estas cifras, *cf.* p. ej. Amadasi (1991a), pp. 128 y ss.; *cf.* también, algo más reciente, Amadasi (1995), pp. 19-30; *cf.* breve síntesis en castellano del panorama en Cunchillos, Zamora (1997, 2000<sup>2</sup>), pp. 20-22.

que el manejo regular de la escritura conllevaba la aparición casi automática de estos documentos. Desde este punto de vista, la actividad escrita de los fenicios peninsulares debía de ser considerada prácticamente nula, dada la escasa importancia —con estos criterios— de lo hallado hasta el momento.

Pero, como ocurría con las valoraciones cuantitativas, ni la entidad de los epígrafes hispanos es una rareza tan significativa como se pretendía ni resulta un reflejo directo del escaso uso de la escritura. Es cierto que faltan en la Península grandes inscripciones monumentales o largos epígrafes conmemorativos. Pero de nuevo, como también quisimos mostrar<sup>10</sup>, la comparación con el resto de la epigrafía fenicia hace menos extraño el fenómeno. Importantes puntos de la propia Fenicia o asentamientos fenicios de gran antigüedad no proporcionan documentos de este tipo durante muchos periodos de su larga historia, mientras aparecen inscripciones monumentales en perfecto fenicio fuera de su área<sup>11</sup>. En realidad, las grandes inscripciones no deben considerarse intrínsecamente normales entre los fenicios, pues están ligadas a hechos y contextos, no excepcionales, pero siempre particulares. Más que la ausencia de este tipo documental, es su presencia (o su origen y desarrollo allí donde se da con continuidad) la que debe ser explicada. Dicho de otro modo, se hace necesario considerar en cada caso la base cultural de la que emerge —o no— este tipo de epígrafes.

No se trata por tanto de que la epigrafía monumental fuera ajena al mundo fenicio, o menos propia de él que de otras áreas. Lo que recuerda la documentación conservada es su especial condición y, dentro de ella, su de nuevo heterogénea relación con la práctica escrita. Frente a

---

<sup>10</sup> Cf. de nuevo Zamora (2004), pp. 302 y ss.

<sup>11</sup> Por remitir de nuevo a un ejemplo significativo, la más larga inscripción fenicia conservada, la inscripción de Karatepe, como por otra parte también las otras inscripciones del mismo tipo aparecidas en su área (Zinçirli, Hasan-Beyli, Cebel Ires Dagi, Ivriz, Cineköy) no se encuentran, en realidad, en territorio fenicio, ni en zona de asentamiento fenicio, ni siquiera en zona culturalmente semita (sobre todo en lo que se refiere al hábito epigráfico). Se trata de versiones en fenicio de inscripciones locales que siguen tradiciones locales de epigrafía monumental, propias de la zona. Estas inscripciones exponen, más que la extensión de los fenicios y de su cultura epigráfica, la extensión, el éxito, del alfabeto fenicio como medio de consignación escrita al servicio de muy diversas costumbres epigráficas. Sobre la inscripción de Karatepe, cf. *KAI* 26 (Donner, Röllig (1966-69), pp. 35 y ss.), Bron (1979) y la reciente edición de Röllig (1999), pp. 50-81. Cf. una presentación de la inscripción en castellano en Cunchillos, Zamora (1997, 2000<sup>2</sup>), pp. 123-128. Sobre la epigrafía fenicia en Anatolia, cf. otros puntos de vista en Lemaire (1991), pp. 133-146; Röllig (1995b), pp. 640-645; cf. también el reciente Tekoglu, Lemaire (2000).

los testimonios ocasionales de escritura conservados por el empleo, casi siempre excepcional, de materiales conservables como soporte, la epigrafía monumental es el resultado de la búsqueda habitualmente consciente de este soporte excepcional, respondiendo a las razones ideológicas que dan origen a estos documentos. Los motivos para hacer incidir un texto sobre un soporte duro con la pretensión de que se conservase son el correlato de lo que en el plano documental se manifiesta en los diversos «géneros» epigráficos. Cada tipo documental responde a un motivo concreto en un contexto cultural particular. Tales motivos y contextos son el núcleo de la correcta comprensión del fenómeno epigráfico en culturas, como la fenicia, que vieron el desarrollo y la extensión progresiva de estos «géneros», pero que no hicieron nunca un uso extenso y regular de la epigrafía (salvo en todo caso, y de forma particular, en época tardía), sobre todo por su limitado papel en la esfera pública.

#### **LA EPIGRAFÍA FENICIA Y EL CONTEXTO PENINSULAR**

Entendido pues el fenómeno epigráfico, y no sólo la escritura, como elemento de cultura, al desarrollo progresivo de hábitos de este tipo se le añaden nuevos elementos. Los diversos tipos de inscripciones desarrollados o en desarrollo pueden también por tanto extenderse, sometidos a los avatares y a la complejidad de la interacción cultural, pero incorporados como hechos de cultura sobre realidades culturales diversas en circunstancias favorables o transformados e incluso rechazados en contextos impropios. Un ejemplo nos llevará de nuevo del Levante Oriental a la Península Ibérica: las inscripciones regias en alfabeto fenicio se dan por todo el ámbito levantino muy tempranamente, ligados a la realidad socio-política fundamental de la zona: las monarquías locales, gobernantes de pequeños reinos en difícil convivencia y constante agitación. El epígrafe conmemorativo se incorpora como un elemento más a los instrumentos de afirmación de la ideología regia del momento, elemento largamente aceptado en todo el Próximo Oriente y que, con su definitivo arraigo en el Levante, tendrá en el alfabeto un nuevo y eficaz vehículo<sup>12</sup>. En el ámbito fenicio, en efecto, es también la reale-

---

<sup>12</sup> Del rey emanan tanto los epígrafes del área aramea o anatólica como los de la zona palestina. El reyezuelo de Moab y el de Karatepe, en territorios casi opuestos en lo físico, diversos en lo lingüístico y probablemente en lo étnico, pertenecientes a tradiciones culturales diferenciadas, ordenan la incisión de un mismo tipo de epígrafes, conmemorativos, monumentales, expresión prestigiosa del poder regio. La comparación entre la compacta estela moabita y las grandes y numerosas losas anatólicas, entre las particularidades del alfabeto fenicio utilizado en cada caso, de las fórmulas, de la lengua

za —el rey, la corte— el motor fundamental de la producción epigráfica monumental y, aunque de nuevo no son numerosos los ejemplos arcaicos de una epigrafía propiamente conmemorativa, el rey fenicio es la fuente por antonomasia de las inscripciones monumentales más antiguas, manifestando *suo modo* el fenómeno<sup>13</sup>. La especial situación de las monarquías fenicias (su diferente poder e independencia, su variable estabilidad interna y externa, sus correspondientemente diversas necesidades ideológicas) explicaría en cada momento y lugar el mayor o menor desarrollo de esta epigrafía monumental, así como sus características. Volviendo los ojos a Occidente, la epigrafía monumental eventualmente producida en la Península Ibérica también debería explicarse a la luz de la realidad de los asentamientos «coloniales» fenicios, donde la monarquía no se dio<sup>14</sup> y donde nada sabemos de sus formas de organización que nos lleve a pensar en la existencia temprana de un poder similar que la sustituyese como fuente de producción epigráfica. De nuevo, el eventual hallazgo futuro de un epígrafe monumental nos daría a la vez el documento y la clave para comprenderlo; el texto epigráfico y la justificación de su existencia (a poco que fuera posible advertir en el propio texto la fuente de la que emana). Mientras tanto, si su ausencia debe ser considerada el correlato de una ausencia real, y no el reflejo de un problema de hallazgo o conservación, tal ausencia no debe ser tomada directamente como una simple rareza, o como una prueba automática de una cultura iletrada. Debe en cambio hacernos reflexionar sobre el conjunto del contexto cultural estudiado y sobre las bases en las que se sustenta; más en concreto, sobre las particulares formas de organización política y social que se dieron y des-

---

o de los nombres, refleja la distancia que media entre ambos, sus diferentes herencia, influencia y circunstancias, manifestadas en la realidad final del documento. Pero la existencia misma de los epígrafes, la comunión de género, los motivos compartidos, refleja en cambio la cercanía fundamental que justifica la aparición de un mismo tipo de documentos. Sobre los citados, *cf.* p. ej. *KAI* 26 y 181 (Donner, Röllig (1966-69), pp. 35 y ss. y 168 y ss).

<sup>13</sup> La corte, el rey, es, de hecho, la «fuente epigráfica» principal, y la única en el periodo más antiguo que genera inscripciones de una cierta entidad, de cualquier tipo; *cf.* de nuevo *KAI* 1-16 (Donner, Röllig (1966), pp. 2-25). El hecho de que las inscripciones reales fenicias más antiguas se diferencien de algunos de los ejemplos del entorno (sobre todo de las inscripciones conmemorativas a modo de *res gestae*) reflejaría también sus particularidades, si es que de nuevo no estamos ante un problema documental. Testimonios posteriores proporcionan en cualquier caso paralelos más cercanos.

<sup>14</sup> Acerca del debate sobre los testimonios de la improbable monarquía en el Occidente fenicio, *cf.* ahora los recientes Xella (2003), Bondì (2003) y Krings (2003), todos ellos en Zamora (2003), a cuya bibliografía remitimos.



arrollaron en los asentamientos coloniales fenicios de la Península, bien diferentes de los orientales.

Otros tipos de epigrafía «de entidad», fruto también frecuente del uso buscado del soporte duro, exigen así mismo una reflexión. Es el caso, por ejemplo, de las inscripciones funerarias, también aparentemente características del universo fenicio. Alguna de las más largas inscripciones pertenecientes al ámbito estrictamente fenicio corresponde en efecto al mundo funerario (piénsese p. ej. en la inscripción de Eshmunazar, *KAI* 14) y muchos de los epígrafes fenicios conservados, incluidos los más antiguos (piénsese ahora en la inscripción Ahiram, *KAI* 1) son de este tipo. Pero, de nuevo, no podemos decir que las largas inscripciones funerarias o la extensión de este tipo de epigrafía sean acompañantes obligados de los hallazgos fenicios en toda época y lugar en que los conozcamos y, sobre todo, no podemos decir que los hallazgos de epigrafía funeraria guarden relación directa con la importancia de los hallazgos arqueológicos<sup>15</sup>. Para ampliar de nuevo la reflexión sobre el problema documental, resulta útil considerar también aquí el desarrollo mismo de este hábito epigráfico, el nacimiento y extensión de este género con la incorporación necesaria o frecuente de un texto inciso (o pintado) a tumbas o enterramientos, como parte al fin y al cabo del ritual funerario o, si se quiere, de las costumbres a él ligadas. Se trata, como para casi todos los «géneros epigráficos» posteriormente atestiguados, de un fenómeno muy restringido en los inicios de la escritura alfabética (de nuevo ligado en sus manifestaciones más conocidas al rey y a la corte)<sup>16</sup>, sólo después extendido y evolucionado (como demuestra la configuración de las fórmulas y el contenido de los textos)<sup>17</sup> y que

---

<sup>15</sup> Sobre todo, lógicamente, allí donde la actividad arqueológica ha privilegiado el estudio de los asentamientos frente al de las necrópolis, hecho no infrecuente.

<sup>16</sup> Entre las inscripciones alfabéticas del II milenio a. C. (esencialmente las ugaríticas, cf. *infra*) no hay ejemplos de verdadera epigrafía funeraria, que se desarrolla de inmediato, pero o en formas mínimas o en ámbitos reducidos. La más antigua inscripción funeraria en lineal fenicio, la famosa inscripción sobre el sarcófago del rey Ahiram (*KAI* 1; cf. también *KAI* 2, la maldición a la entrada de su tumba, Donner – Röllig (1966), pp. 2-4) es, ante todo, una inscripción real, como regias o cercanas al ámbito regio son casi todas las inscripciones bibliotas antiguas. En realidad, también las más famosas inscripciones posteriores, como las sidonias (con su exponente más famoso, la larga inscripción, por cierto funeraria, del rey Eshmunazar) emanan del rey, abundando en cuanto antes decíamos. Cf. Donner – Röllig (1966), pp. 17-25; véase en castellano una presentación de algunas de éstas inscripciones en Cunchillos – Zamora (1997, 2000<sup>3</sup>), pp. 120-121, 129-132. Cf. más adelante.

<sup>17</sup> En efecto, si se observan las más antiguas inscripciones ligadas a enterramientos se aprecia cómo su contenido configura sólo poco a poco un texto formular propio de

fuera del ámbito regio da lugar, aunque rápidamente, a tipos de documentación extraordinariamente escuetos y proporcionalmente no muy numerosos, sujetos además a problemas de conservación específicos<sup>18</sup>. Su desarrollo y evolución, además, pudo darse de modo localmente independiente (lo que, aunque se trate de un problema separado, podría explicar la ausencia regional posterior de grupos de epígrafes de este tipo, del mismo modo que explica su abundancia en determinados lugares).

Parecidas reflexiones podrían hacerse sobre el desarrollo de otros «géneros» epigráficos, muchas veces difíciles de clasificar, como es el caso de la epigrafía votiva o, genéricamente, de la epigrafía ligada a los santuarios. En todos ellos es necesario superponer a lo problemas de hallazgo los de conservación, y relacionar los testimonios conservados con el cuándo y el dónde de su aparición, considerando el contexto en el que debieron generarse y su posible relación con el desarrollo de un hábito epigráfico. En la Península Ibérica, donde son particulares tanto las necrópolis o santuarios propiamente fenicios como los problemas relacionados con su hallazgo y estudio, la ausencia de un hábito epigráfico regular ligado a ellos (si de nuevo no se trata de un problema de conservación y hallazgo) debe considerarse un elemento característico, no una rareza. No una muestra de «falta de fenicidad» o de ausencia de cultura escrita, sino una muestra de un desarrollo particular (y en inicio no especialmente extravagante) del hábito epigráfico en el seno de la cultura fenicia peninsular.

---

un género. Las primeras inscripciones fenicias se encuentran, en realidad, cercanas a los tópicos y recursos de la literatura tradicional «cananea», hasta el punto de que el mismo sarcófago de Ahiram reproduce casi literalmente un pasaje conservado en su versión ugarítica del II milenio a. C., compárese *KAI 1: 2* (Donner – Röllig (1966), pp. 2 y ss.) con el texto ugarítico 1.2:III:17-18 y paralelos (cf. p. ej. las recientes ediciones del ahora denominado *Ugaritic Data Bank, UDB*, p. ej. Cunchillos, Vita, Zamora (2003a); la numeración es esencialmente coincidente con la edición clásica de los textos, *KTU*, Dietrich, Loretz, Sanmartín (1976), del que *CAT* o *KTU II*, Dietrich, Loretz, Sanmartín (1995), es la 2ª edición). Sobre estas relaciones epigrafía-literatura, cf. p. ej. Greenfield (1971), pp. 253-258.

<sup>18</sup> Cf. ahora (y nótese de nuevo la importancia de los nuevos hallazgos) el citado Sader (2005), que recoge las estelas funerarias halladas en el Líbano, añadiendo 13 nuevos epígrafes a los conocidos, que son así 39 (a los que cabe añadir en todo el Levante tan sólo un igualmente reducido número de estelas inscritas procedentes de Palestina). Aunque por fin tenemos testimonios epigráficos arcaicos fuera del ámbito regio (cf. p. ej. la estela nº 16, quizá del s. X a. C., o la nº 2, del s. IX), el grueso de los epígrafes corresponde a los siglos VIII a VI a. C. Nótese también la relación entre estelas inscritas y no inscritas (pues a las halladas hay que añadir casi otras tantas sin inscripción), habida cuenta de que las estelas sin texto ni decoración rara vez se recogen y estudian. Téngase

## **EPIGRAFÍA Y ESCRITURA: EL CASO FENICIO**

En resumen, la epigrafía fenicia peninsular no puede calificarse, simplemente, de escasa y poco importante, ni en relación a los restos arqueológicos descubiertos ni en relación al resto de la documentación epigráfica fenicia, ni debe tomarse como un simple reflejo de la reducida extensión de la escritura entre los fenicios occidentales. La apreciación en clave histórica de la documentación que poseemos, como reflejo de un rasgo de cultura, explica el panorama documental y reilumina su contexto. Fijada una correcta relación entre el plano documental y el contexto histórico, las eventuales variaciones del primero (por nuevos hallazgos) ayudarán a la mejor comprensión del segundo, pero no variarán la relación misma. El estudio de la documentación conservada de modo más cualitativo que cuantitativo, como pretendemos hacer más adelante, podrá ya quizá conducir a una interpretación de los usos de la escritura entre los fenicios peninsulares bien diferente y en todo independiente de la ecuación «poca y poco importante epigrafía = poca y poco importante práctica escrita».

En el fondo, la confusión producida y la base del problema radica en el carácter mismo del resto epigráfico y en su consiguientemente heterogénea relación con el conjunto de la producción escrita antigua, motivo común de reflexión entre los epigrafistas de cualquier especialidad. También para los fenicios, los problemas de hallazgo y conservación de los testimonios de práctica escrita condicionan en cada caso, como una doble barrera previa, las relaciones de la epigrafía (la documentación escrita conservada) con el hecho de escribir (la actividad escrita en su conjunto). Los antiguos documentos escritos que poseemos (que en el caso fenicio pueden básicamente igualarse a los documentos epigráficos) llegan hasta nosotros salvando el tamiz más inmediato de los condicionantes de la historia de la investigación –o, más genéricamente, del proceso de hallazgo– y el largo y continuo filtro del deterioro y pérdida de los soportes. Conocemos lo que se ha podido encontrar de entre lo que ha podido conservarse. Los problemas de hallazgo, como veíamos, son esencialmente (aunque no totalmente) ajenos al objeto de estudio. Pero en el proceso de conservación resulta fundamental conocer cuál fuera la elección del soporte habitual para escribir, del «soporte específico» destinado a recibir la escritura en cada momento y para cada práctica. Si el material de este soporte fue perecedero, la documentación correspondiente se habrá en principio perdido, salvo los ocasionales sal-

---

en cuenta por último la frecuente reutilización de este tipo de piezas y la imposibilidad de afirmar si alguna de las estelas anepígrafas pudo recibir en cambio un texto pintado.

tos (conscientes o inconscientes) de la escritura a un soporte inusual, «marginal», conservable<sup>19</sup>.

Los fenicios integraron la escritura en su sistema cultural desde época muy antigua (anterior, de hecho, al advenimiento del alfabeto) y la mantuvieron en su seno de muy diversas maneras a lo largo de toda su historia (también en el caso de los asentamientos fenicios peninsulares, como pretendemos mostrar). Pero eligieron, para la escritura lineal alfabética, soportes específicos mayoritariamente perecederos. Los fenicios escribieron, ante todo, sobre papiro. Telas, pieles, maderas preparadas u otros tipos similares de soportes debieron servir también de soportes específicos de la escritura fenicia, que nació para ser pintada sobre superficies de este tipo. Como mucho, en ausencia de estos materiales, se usaron como soporte restos de cerámica, mucho más raramente fragmentos de piedra o yeso, pero de modo muy reducido. No podía ser de otra manera, dada la pertenencia desde antiguo del área levantina a la esfera de influencia egipcia<sup>20</sup>. No era la única influencia cultural con trascendencia a este respecto. El Levante, como prolongación natural y cultural de la zona siria, conoció también la tradición escrita mesopotámica, esto es, el soporte (potencialmente conservable) de la tablilla de barro, el específico de la escritura cuneiforme<sup>21</sup>. De hecho, la con-

---

<sup>19</sup> La costumbre de escribir sobre objetos, por ejemplo, no siendo éstos un soporte específico de la escritura, garantizó en cambio la conservación de un texto que, en origen, nació de un uso de la escritura excepcional (y que lo será o dejará de serlo en mayor o en menor grado según se desarrolle este tipo de hábitos en el seno de cada cultura). La elección consciente de un soporte no perecedero (convertido en específico a tales efectos), sean cuales sean los motivos, añadirá a lo conservable un grupo documental mayor (pudiendo variar de nuevo la extensión de este hábito en cada caso). Sobre la diferencia entre «soportes específicos» y «soportes marginales», que utilizábamos en otra ocasión para valorar mejor el volumen de documentación perdida, cf. Zamora (2004) y más adelante.

<sup>20</sup> El uso del papiro como soporte específico fundamental entre los fenicios es algo comúnmente aceptado, cf. p. ej. Amadasi (1991), p. 166. Para más detalle y referencias (también a los testimonios indirectos), cf. más adelante. Sobre las relaciones más antiguas entre Egipto y la costa siro-palestina, el estudio clásico es el de Helck, (1962, 1971<sup>2</sup>), actualizado para el caso biblioteca en Helck (1994), pp. 105-112; cf. también los paralelos Scandone (1994), pp. 37-48 y Scandone (1995), pp. 57-63; cf. así mismo en el último volumen citado Scandone, Xella (1995), pp. 632-639. En la misma literatura egipcia no faltan referencias a los escritos –en papiro– de los archivos fenicios. Cf. los relatos de *Sinuhé* y *Unamón*, en castellano en traducción de Galán (1998), cf. p. ej. Unamón 2, 3-10.

<sup>21</sup> En la zona siria se dan hallazgos de tablillas cuneiformes tan abundantes y antiguos como los del archivo de Ebla (ciudad no muy alejada de la costa mediterránea) desde el III milenio a. C. (sobre Ebla, véase p. ej. la ya clásica síntesis de Matthiae (1989) o la más reciente obra colectiva Matthiae, Pinnock, Scandone Matthiae (1995); cf. tam-

fluencia en Siria-Palestina de diversas tradiciones de escritura, y de diferentes lenguas ligadas o no a diferentes sistemas gráficos, explica la capacidad de los escribas levantinos de desarrollar, durante el II milenio a. C., un instrumento propio conceptualmente original: el alfabeto.

## **LOS USOS DE LA ESCRITURA ENTRE LOS FENICIOS Y LA DOCUMENTACIÓN PERDIDA**

Es también esta confluencia de tradiciones e innovaciones de escritura en el mundo siro-palestino del II milenio a. C. la que nos permite conocer cuál era en aquella época, aproximadamente, la relación entre lo escrito sobre su soporte específico (la práctica escrita común) y lo escrito sobre soportes marginales (la práctica de escribir ocasional que, cuando se trata de soportes duros, da lugar a la epigrafía conservada). Es decir, nos permite hacer, al menos, una primera valoración de la ausencia documental en los inicios de la escritura alfabética. Y ello gracias a un caso excepcional de cambio de soporte. La mayor parte de los núcleos costeros siro-palestinos se ligaron como decíamos desde un momento temprano a la práctica escrita mediante sistemas lineales sobre un soporte específico perecedero (papiro o similar)<sup>22</sup>. Pero al

---

bien Xella (1995), pp. 39-41). Algunos testimonios cuneiformes de la época de Ur III han aparecido en el mismo Biblos, *cf.* Dossin (1969), pp. 244 y ss. Otros testimonios indirectos prueban la extensión del cuneiforme. Entre ellos, el archivo de Mari, de la primera mitad del II milenio a. C. Aunque hallado en el interior, da muestras del intenso intercambio de correspondencia existente entre Mari y las ciudades de la costa y de éstas últimas entre sí, donde actuaban círculos escribales muy activos. Sobre Mari y su correspondencia, véase p. ej. Durand (1997-2000). Sobre las relaciones de Mari con la costa, véase p. ej. Loretz (1994), pp. 113-124. *Cf.* también de nuevo Xella (1995), pp. 41-42. La combinación tablilla de barro-escritura cuneiforme tiene también, por supuesto, exponentes importantes de su uso en el Levante mediterráneo en la segunda mitad del II milenio a. C.: las tablillas de Amarna —*cf.* p. ej. Moran (1992); ahora también Liverani (1998 y 1999)— son el ejemplo y testimonio más conocido de la existencia de este tipo de práctica escrita en todos los grandes centros de la zona (aunque no el único; piénsese p. ej. en la correspondencia hallada en Ugarit, venida y remitida de variados lugares, *cf.* Cunchillos (1999), pp. 359-374 y Huehnergard (1999), pp. 375-389; sobre la documentación ugarítica en general, *cf. infra*). Grupos de escribas de toda el área (incluidos los de Egipto) conocían la escritura cuneiforme y escribían con ella sobre tablillas de barro. *Cf.* también de nuevo Xella (1995), pp. 43-46.

<sup>22</sup> Sobre tal soporte desarrollaron, primero, los diversos intentos de proporcionarse una escritura propia para su propia lengua —pues de esta manera deben probablemente entenderse, por ejemplo, los testimonios remanentes de la escritura bibliota que llamamos «pseudojeroglífica», *cf.* sobre ella p. ej. Szynger (1994)—. Y sobre tal soporte desarrollaron, finalmente, el alfabeto lineal del II milenio a. C. —del que no podemos poseer, por tanto, más que escasísimos testimonios de su desarrollo, que debemos pro-

menos en uno de los núcleos importantes de la costa se utilizó la tablilla de barro como soporte alternativo al papiro. Este lugar fue la ciudad de Ugarit y, entre los restos de su destrucción (a principios del s. XII a. C.) se han encontrado documentos en lengua ugarítica incisos mediante un alfabeto cuneiforme sobre tablillas de barro<sup>23</sup>.

Como hemos querido mostrar en otros trabajos<sup>24</sup>, el cambio de soporte específico (cuyas razones exactas no conocemos, pero que no debieron ser ajenas a la reorganización de la administración que se produjo en el reino tras la entrada de Ugarit bajo el dominio hitita) no debió de variar demasiado el número y tipo de textos escritos en la lengua y escritura local (con respecto a la desconocida situación de otras ciudades). Pero nos permite, en cambio, conocerlos: nos permite comparar la documentación que en un determinado momento era fruto de la práctica normal, con aquella, secundaria, que daba origen a los documentos inscritos, a las inscripciones. Pues bien: los documentos escritos sobre su soporte específico (en este caso la tablilla de barro) son aproximadamente el 95% de los conservados en Ugarit. Los documentos sobre soportes marginales (las inscripciones en alfabeto cuneiforme ugarítico, ya sean breves textos sobre objetos o textos conscientemente incisos sobre soportes conservables) son tan sólo el 5% del total de documentos (un porcentaje que se hace por supuesto muchísimo menor si hablamos de palabras o caracteres, y que habría que calibrar a la baja considerando la diferente durabilidad prevista para cada soporte y el lapso temporal que cubren los hallazgos). Si en Ugarit se hubiera escrito ésta documentación alfabética sobre papiro (como pudo ser el caso en Biblos, Sidón o Tiro en épocas contemporáneas al archivo ugarítico, y como fue el caso después en todo el mundo fenicio) tan sólo este porcentaje mínimo de la práctica escrita total hubiera llegado hasta nosotros.

---

bablemente identificar con las inscripciones llamadas «protocaneas» (e incluso con las llamadas «protosinaíticas»). Sobre esta documentación, *cf.* p. ej. Sass (1991).

<sup>23</sup> En Ugarit se utilizó en efecto la tablilla de barro no sólo para la documentación internacional (cartas, tratados) redactada habitualmente en lengua acadia (la lengua de cultura de la época) y escrita mediante el silabario cuneiforme asiro-babilonio, como era costumbre en la zona, si no que utilizó un alfabeto (una adaptación del lineal vigente al nuevo soporte) para poder escribir también sobre tablilla sus textos en lengua local. Sobre las ediciones de los textos cuneiformes alfabéticos, ugaríticos o no, *cf. supra* y bibliografía. Sobre Ugarit y el estado de la cuestión sobre la investigación ugarítica, véase p. ej. el reciente Watson, Wyatt (1999).

<sup>24</sup> Remitimos para los datos básicos y para una exposición sintética a Zamora (2004). *Cf.* para el detalle documental Zamora (2005 e. p.)

Es decir, y más allá de la engañosa exactitud numérica: en los inicios de la escritura alfabética, la inmensa mayoría de los textos se escribían sobre su soporte específico. En Ugarit, excepcionalmente, el soporte específico era la tablilla de barro, lo que permitió su conservación. En el resto de las ciudades costeras, el soporte específico debió de ser el papiro o materiales parecidos (cuero, telas preparadas) que no se nos han conservado. Con posterioridad, esta situación debió de ser general: el éxito del alfabeto lineal fenicio en el I milenio a. C. implica la adopción generalizada del papiro (o de soportes perecederos similares) sobre los que trazar los signos lineales. De donde se deduce que los restos epigráficos fenicios conservados son una muy pequeña muestra, absolutamente marginal, de su actividad escrita.

En esta situación posterior, el mismo éxito del alfabeto originó cambios en el uso de la escritura (frente, por ejemplo, el caso del Bronce Final considerado). Como es sabido, por una parte la facilidad de aprendizaje hizo al menos posible la salida del conocimiento de la escritura de los estrictos límites de las clases escribales, que continuaron siendo en cualquier caso las principales responsables de la producción documental; por otra, los grandes centros palaciales y sus administraciones escribales, que pervivieron con formas nuevas en las nuevas realidades palatinas de la Edad del Hierro, ya no fueron el único marco de acción de los grupos letrados. Los cambios sociales y económicos del I milenio a. C. tuvieron también una influencia relevante en el modo en que la escritura fue utilizada (y el aumento progresivo de testimonios epigráficos corresponde bien a la manera en que creemos que estos cambios favorecerían el uso del alfabeto fuera de los círculos cortesanos o burocráticos)<sup>25</sup>. Pero todos estos hechos no variaron sustancialmente la relación entre soportes: el soporte específico siguió siendo el mayoritariamente destinado a recibir la escritura y éste, dentro de la cultura fenicia, fue casi siempre el papiro o sus sucedáneos<sup>26</sup>, sobre los que se escribía habitual y abundantemente, como suponíamos ya con el refrendo de algunos

---

<sup>25</sup> Sobre los escribas fenicios, véase Bonnet (1991a), pp. 147-171; Bonnet (1991b), pp. 186-188 y Bonnet (2003), pp. 57-65. Cf. en castellano el también reciente Belmonte (2003), pp. 341-364.

<sup>26</sup> Hay que nombrar aquí, pues nos encontraremos de nuevo con él, el especial caso de los *óstraka* (fragmentos reutilizados de cerámica o, más raramente, placas de otros materiales parecidos, como el yeso) sobre los que se escribía frecuentemente con tinta, como sobre el papiro, y ocasionalmente se incidía. Se trata, en cualquier caso, de documentos emanados de un contexto que hizo conveniente o inevitable el uso de estos soportes alternativos. Cf. ejemplos en los trabajos citados sobre las inscripciones fenicias y sus ediciones, así como referencias en los dedicados a los escribas.

testimonios indirectos<sup>27</sup> y era obligado pensar ante las referencias de otras fuentes a la literatura fenicia<sup>28</sup>. El aumento significativo de los restos epigráficos fenicios y su aparición en diferentes zonas y lugares con presencia fenicia debe entenderse, por un lado, como el posible aumento paralelo de la actividad escrita, aunque reflejado de forma mínima y no siempre significativa en textos marginales; por otro lado, debe entenderse como parte del nacimiento y desarrollo progresivo de nuevas prácticas, nuevos o más intensos usos de la escritura sobre soportes conservables (soportes que fueron conscientemente buscados para ciertos usos de la escritura, pasando a ser específicos en ellas). Así, según decíamos, se produjo la progresiva configuración de «géneros epigráficos». Géneros a veces difíciles de delimitar, pero que se manifiestan en las inscripciones conservadas (que llamamos votivas, funerarias, conmemorativas, etc.) en relación con el desarrollo o incorporación de estas nuevas prácticas en cada contexto cultural y momento histórico.

### LA PRÁCTICA ESCRITA FENICIA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Si terminamos el periplo argumental retornando de nuevo a la Península Ibérica, debemos aceptar que también aquí los restos epigráficos fenicios debieron ser igualmente una parte mínima de la práctica escrita. Los epígrafes conservados, por tanto, no serían escasos testimonios directos de una igualmente escasa producción escrita. Podrían ser ejemplos significativos de un uso de la escritura evidentemente mucho más extendido.

Pero un fondo cultural del que la escritura formara parte de tal manera debe resultar coherente con las pruebas conservadas. Pruebas que, a la inversa, y por tal motivo, pueden resultar significativas. Los epígrafes peninsulares deberían mostrar cualitativamente esta extensión del conocimiento de la escritura, lo que permitiría burlar los argumentos *ex silentio*. Para ello debe buscarse primero entre las inscripciones con seguridad inscritas sobre suelo hispano (pues las llegadas sobre una

---

<sup>27</sup> Además de las referencias de otras fuentes (esencialmente las clásicas, pero como veíamos también p. ej. las egipcias) a archivos y textos fenicios, existen testimonios arqueológicos indirectos de la existencia de documentos en papiro. Son p. ej. los hallazgos de *bullae* o «crétulas» (pellas aplastadas de arcilla que cerraban los rollos) encontrados tanto en el Oriente como en el Occidente fenicio y, en algunos casos, como el cartaginés, concentrados en gran número, cf. p. ej. reciente y con bibliografía Belmonte (2003), esp. n. 81 y 99-106.

<sup>28</sup> Sobre ésta, cf. p. ej. Garbini (1990), pp. 133-136; Garbini (1991), pp. 489-494; Amadasi (1991b), pp. 131 y ss.; Lipinski (1992), pp. 263-264; Krings (1995), pp. 31-38.



pieza importada nacen evidentemente de una cultura escrita ajena a la local). Podemos considerar como tales aquellas cuyo soporte fuera fabricado en la Península y haya sido después hallado en ella (pues considerar en tales casos que no hayan sido incisas en el mismo ambiente de fabricación y hallazgo es inverosímil). A los efectos que aquí nos ocupan, debemos además buscar entre aquellos hallazgos que remiten (sin incertidumbre) a las épocas más antiguas de la presencia fenicia en la zona. Puede intentarse después la distinción y estudio, en algunos de estos epígrafes, de rasgos de caligrafías propias de manos habituadas a escribir sobre soportes específicos perdidos, o apreciar en el propio soporte o tipo de documento la existencia de una práctica escrita más extensa no conservada. Tendríamos de este modo una base positiva sobre la que situar el resto de los argumentos hasta ahora expuestos.

Un yacimiento fenicio peninsular excavado en tiempos recientes proporciona documentos inscritos de un momento temprano (s. VIII y VII a. C.) sobre piezas de factura local. Hallados en excavación regular reciente, además del origen de la mayoría de sus soportes se conoce el contexto arqueológico exacto de su hallazgo. Se trata del llamado Castillo de Doña Blanca, en la bahía de Cádiz.

#### **INSCRIPCIONES FENICIAS DE FACTURA PENINSULAR Y ÉPOCA ARCAICA: LA EPIGRAFÍA DE DOÑA BLANCA**

El yacimiento del Castillo o Torre (incluso Tell) de Doña Blanca, parcialmente excavado (constituyendo un buen ejemplo de la situación arqueológica peninsular que tratábamos anteriormente)<sup>29</sup> se encuentra situado en la orilla oeste de la Bahía de Cádiz, en el actual término municipal de El Puerto de Santa María [Fig. 1]. Allí se establecieron grupos de fenicios muy al inicio del s. VIII a. C. El lugar no dejó de estar habitado desde entonces hasta el final de la 2.<sup>a</sup> guerra púnica en la zona. Bien abastecido y protegido, dotado además tempranamente de estructuras defensivas, con buen puerto, situado en un punto de gran valor estratégico al fondo del antiguo límite costero [Fig. 2], el hábitat creció

---

<sup>29</sup> El lugar fue excavado desde 1979 bajo la dirección del prof. D. Ruiz Mata a lo largo de varias campañas, hoy por desgracia interrumpidas. Como se verá, en toda zona hasta hoy excavada (extensión mínima y periférica con respecto al conjunto del yacimiento, pero ya fertilísima en resultados) han aparecido epígrafes. Sobre la arqueología del yacimiento, *cf.* Ruiz Mata, Pérez (1995), la síntesis más amplia aparecida hasta la fecha. Es también de obligada cita el más reciente Ruiz Mata (1999). Agradecemos a los profs. Ruiz Mata y C. Pérez el interés mostrado y la ayuda proporcionada durante el estudio de los materiales epigráficos.

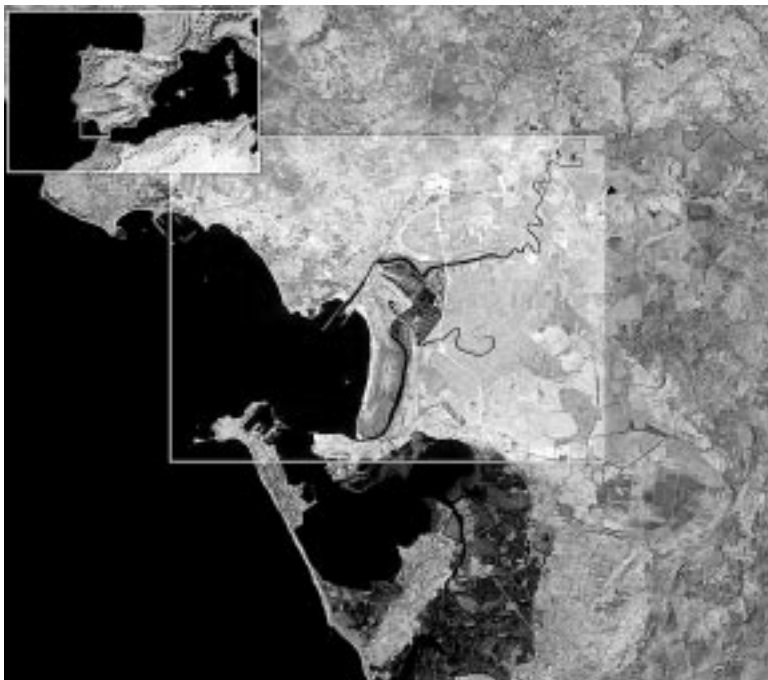


Fig. 1: La Bahía de Cádiz y la zona de El Puerto de Santa María

rápidamente en extensión y riqueza. Aunque se interpretó el yacimiento como un asentamiento indígena fuertemente «fenicizado» por la presencia de una mal atestiguada Gadir arcaica<sup>30</sup>, Doña Blanca parece, más bien, un asentamiento fenicio de nueva planta, probablemente el asentamiento fenicio más antiguo y el más importante del área en los primeros momentos de presencia fenicia estable en el suroeste peninsular<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> Los restos más antiguos encontrados en la capital gaditana procedentes de contextos arqueológicos definidos son muy escasos, a pesar de que sondeos y excavaciones son ya, poco a poco, significativos. Recientemente, en la calle Cánovas del Castillo (en zona correspondiente a lo que debía de ser la isla menor de las que formaban el conjunto antiguo) han aparecido los restos de un pequeño asentamiento de la segunda mitad del s. VIII a. C., *cf.* Córdoba – Ruiz Mata (2003 e. p.) y a poca distancia, en la Calle Ancha, restos de la misma época (entre ellos un fragmento cerámico con cuatro letras incisas del que hablábamos al mencionar los hallazgos epigráficos recientes), pero en estratos de ocupación breve, sin estructuras de habitación y sin continuidad.

<sup>31</sup> Ruiz Mata (1999). *Cf.* ya p. ej. Ruiz Mata, Pérez (1995), pp. 125-128. Agradezco al prof. Ruiz Mata el amable envío de abundante información inédita y de una versión detallada y actualizada de su hipótesis, en la que integra las recientes novedades.

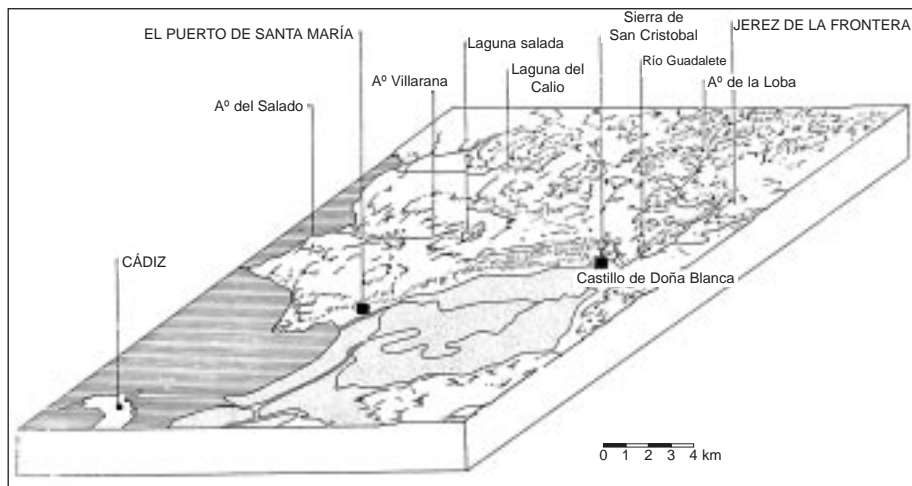


Fig. 2: El yacimiento de Doña Blanca en la antigua línea de costa<sup>32</sup>

El lugar ha proporcionado un buen conjunto de epígrafes en escritura y lengua fenicias<sup>33</sup>. Se trata en su mayor parte de breves grafitos, muchas veces fragmentarios, aunque no por ello menos interesantes. Unos veinticinco presentan varios grafemas y existen, incluso, inscripciones de varias líneas. Los signos fueron incisos –en algún caso pintados<sup>34</sup>– sobre cerámica o, secundariamente, metal o piedra, materiales que podemos considerar marginales, como veíamos y como veremos, de un uso más extenso de la escritura. Se trata, sobre todo, de materiales técnicamente fenicios, muchos fabricados en Occidente<sup>35</sup>, en los talleres

<sup>32</sup> De Ruiz Mata, Pérez (1995), p. 22.

<sup>33</sup> Publicados primero en Cunchillos (1990), (1991), (1992), (1993), (1994) –este último es, en realidad, una primera presentación sintética. Cf. también Cunchillos, Vita (1998), pp. 64-71; pp. 31-38 y Cunchillos, Zamora (1998; 2000), pp. 135-140. La síntesis más reciente es Cunchillos, Zamora (2004), pp. 111-134, mientras se ultima la publicación del conjunto.

<sup>34</sup> Estos casos aislados (TDB 83001 y 83002, quizás parte de la misma pieza, y TDB 87021, un grafema aislado), atestiguan el uso del pincel y la tinta como instrumentos básicos de escritura, así como el uso ocasional de la cerámica como soporte textual intencionado. Es decir, se trata de característicos *óstraka* (de los que el yacimiento ha proporcionado dos testimonios más incisos, TDB 82002 y 91008; cf. *infra*).

<sup>35</sup> Cf. Cunchillos, Zamora (2004), p. 122. A la inversa, sabemos que la escritura oriental fue, al menos en determinados momentos, directamente conocida en el asentamiento, pues se han hallado epígrafes efectuados sobre piezas de fabricación oriental previamente a su cocción (TDB 87002, sobre ánfora, cf. Cunchillos (1992): pp. 75-82).

del propio establecimiento. Han sido hallados en contextos arqueológicos precisos y sobre materiales integrados en un conjunto conocido y coherente. Aparecen en la mayor parte de lugares excavados (sin que se distingan áreas especialmente ricas o pobres en hallazgos)<sup>36</sup> y en casi todos los estratos del yacimiento (con abundancia ya desde sus primeros niveles<sup>37</sup> y con continuidad hasta las últimas fases de ocupación). Los documentos de los niveles de los s. VIII-VII a. C. son el más numeroso grupo de epígrafes de la época hallado en la Península, encontrándose algunos de ellos entre los más antiguos hasta hoy conocidos<sup>38</sup>. Se trata

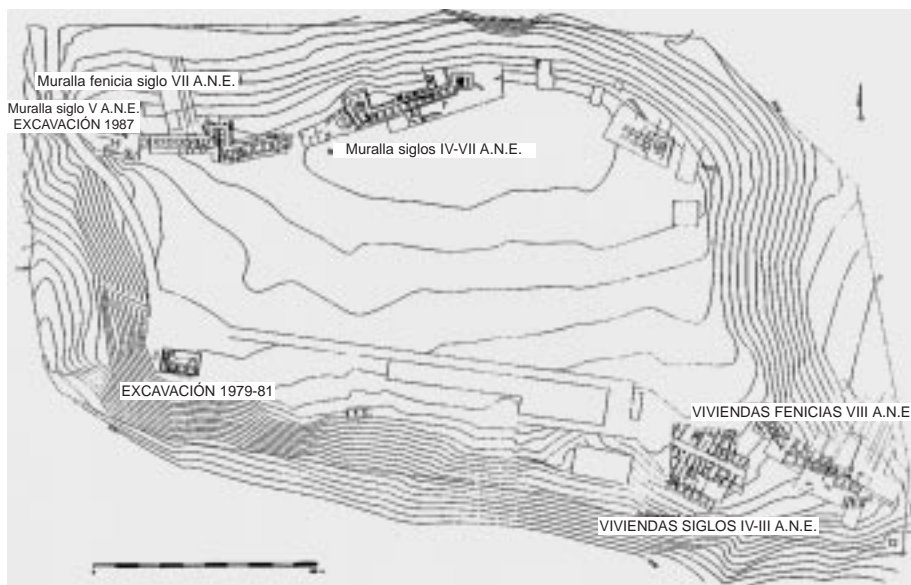


Fig. 3: El yacimiento, con las áreas excavadas<sup>39</sup>

<sup>36</sup> Esto es, sin que se aprecien con esta base (por otra parte muy limitada) zonas de asentamiento culturalmente diferenciadas, en todos sus sentidos, *cf.* Cunchillos, Zamora (2003), pp. 117 y ss.

<sup>37</sup> Sin que parezca mediar periodo de desarrollo o implantación alguno, *cf.* de nuevo Cunchillos, Zamora (2004), pp. 119 y ss.

<sup>38</sup> Si es que no se trata de los más antiguos en absoluto hallados en contexto claro. Las dataciones de los materiales fenicios peninsulares de época arcaica son objeto de controversia (incluso los hallados en estratigrafía arqueológica bien definida y estudiada). Paleográficamente (aceptados los no menores problemas y límites de las dataciones paleográficas) algunas de las inscripciones fenicias peninsulares ya conocidas remiten a esta época, pero o bien se trata de materiales importados y de posible amortización tardía (p. ej. el anillo gaditano de Puerta de Tierra, *cf.* p. ej. Amadasi (1967) (*ICO*), n° 1 = Fuentes (1986a y b), n° 04.02, o la famosa Astarté de El Carambolo, *cf.* Solá Solé (1966),

por tanto de los primeros testimonios firmes del uso regular de la escritura en la Península.

### **ESCRITURA Y LENGUA FENICIA EN DOÑA BLANCA EN LOS S. VIII-VII A. C.**

Estos documentos de fase antigua son por tanto el centro de nuestro interés aquí, como pruebas de la actividad escrita de los fenicios peninsulares en los momentos de introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos. Incluso si nos ceñimos solamente a los documentos que presentan varios signos grafemáticos (que son, fuera de toda duda, ejemplos de verdadera práctica escrita)<sup>40</sup> para esta época su número alcanza al menos la veintena (constituyendo de hecho la parte del león de este tipo de epígrafes en el conjunto de los hallazgos). Casi todos resultan relevantes, pues salvo un par de ejemplares importados y alguno más de difícil análisis, prácticamente la totalidad de ellos se encuentran incisos sobre materiales fenicios locales. Como decíamos, habiendo sido fabricados en el lugar y habiendo acabado depositados en él, debió ser también en la misma zona donde en buena lógica los soportes recibieron la inscripción que presentan. Eliminados los ejemplares dudosos en algún aspecto fundamental (cronológico, tipológico o epigráfico), queda aún una quincena de inscripciones. Este será el grupo documental que estudiaremos: los epígrafes TDB 82003, 82004, 86001, 87003, 87024, 87029, 87030, 89001, 89003, 91001, 91007, 91008, 91009, 95001 y 02002<sup>41</sup>.

---

pp. 97-108; Amadasi (1967) (*ICO*), nº 16 = Fuentes (1986a y b), nº 14.01) o bien el número y tipo de epígrafes no hace fácil establecer una relación clara entre la paleografía de las inscripciones con la tipología de las piezas y su contexto arqueológico (*cf.* las inscripciones del Morro de Mezquitilla en Málaga, que remitirían al VII y en algún caso al VIII a. C., *cf.* Röllig (1983): pp. 135-136, 139-140).

<sup>39</sup> Ruiz Mata, Pérez (1995), p. 45.

<sup>40</sup> *Cf.* el criterio utilizado en Cunchillos, Zamora (2004), p. 125. *Cf.* también p. ej. de Hoz (2002), pp. 75-91 (*cf.* del mismo autor sobre *graffiti* en general de Hoz (1992), pp. 195-196). En cualquier caso, nótese la existencia en Doña Blanca de signos aislados de caligrafía y trazado indudablemente alfabéticos, *cf.* de nuevo Cunchillos, Zamora (2004), pp. 125 y ss.

<sup>41</sup> Buena parte de estos documentos se halla en curso de publicación, por lo que sólo puede proporcionarse aquí una información parcial. Fueron en cambio ya editados TDB 82003 (Cunchillos (1992), pp. 75-82), 86001 (Cunchillos (1991), pp. 13-22, 87001 (Cunchillos (1992), pp. 75-82), 89001 (Cunchillos (1990) pp. 175-179), 89003 (Cunchillos (1990), pp. 179-181) y 91001 (Cunchillos (1993), pp. 17-24).

La cronología arqueológica de todos ellos no presenta dudas ni tipológicas ni estratigráficas, o bien las unas resuelven las otras: doce de los documentos se encontraron en la zona sureste del yacimiento [Fig. 3], en niveles de relleno de viviendas fenicias del s. VIII a. C. Sólo TDB 82003 [Fig. 4] apareció en superficie, sin contexto, aunque ligado a los materiales en estratigrafía y correspondiendo por su forma a un momento no más reciente al siglo VII a. C. Tres documentos (TDB 89001 [Fig. 9], 89003 y 95001 [Fig. 13]) se hallaron en la zona exterior a la muralla norte [Fig. 3], en un basurero del s. VIII a. C. (ligado en cualquier caso al área habitada). Son pues documentos sobre materiales que podemos atribuir genéricamente al s. VIII a. C., en algún caso a finales de este siglo o comienzos del VII a. C., como máximo a su primera mitad. Incluso en los ejemplos más dudosos y recientes, ninguno de estos documentos parece poder atribuirse a momentos posteriores al s. VII a. C.

La mayoría de estos documentos se encuentran sobre fragmentos de platos o cuencos de cerámica fenicia de engobe rojo (sobre un oinócoe en el caso de TDB 91007 [Fig. 11]). Como excepciones, TDB 86001 [Fig. 5] se halla sobre un cuenco de cerámica gris y TDB 95001 [Fig. 13] sobre un ánfora «de saco», siempre de factura local. Nos encontramos por tanto ante restos de breves epígrafes, incisos mayoritariamente sobre vajilla doméstica de cierta calidad, en procedimientos que, como confirma el contenido de los textos, sirvieron muy probablemente para indicar la propiedad del objeto. Sólo TDB 89001 [Fig. 9] se incidió previamente a la cocción de la pieza. La singularidad más notable dentro del grupo, sin embargo, la constituye TDB 91008 [Fig. 12], un fragmento cerámico con al menos cuatro líneas de texto incisas tras la rotura del cuenco de engobe rojo al que perteneció. Se trata de un *óstrakon*, de un texto para el que se utilizó un fragmento cerámico (y no una pieza entera de vajilla) como soporte. En todos los casos, es lógico pensar que incisor y autor del texto coincidían. En vista de las características de las graffías y del contenido de los textos, las manos que incidieron los epígrafes parecen corresponder a personajes fenicios (o al menos de nombre semítico) con un conocimiento entre aceptable y bueno, e incluso muy bueno, del arte de escribir, como en seguida veremos.

## LA ESCRITURA EN LAS FASES ANTIGUAS DE DOÑA BLANCA

Por lo que se refiere al estudio material de las graffías y del modo en que fueron ejecutados los grafemas, conviene señalar preliminarmente que es posible intentar llegar a la clase de conclusiones adelantadas dado que no existió en el mundo fenicio una especial versión «epigráfi-



Fig. 4: TDB 82003.

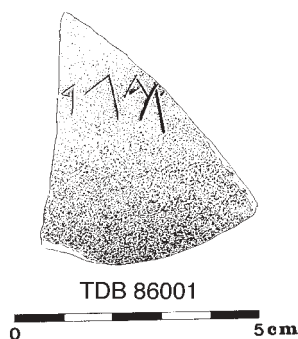


Fig. 5: TDB 86001.

ca» del alfabeto lineal<sup>42</sup> y toda la paleografía fenicia se entiende, de hecho, como la muestra de la evolución de las grafías de acuerdo al modo como se trazaban sobre materiales perecederos (a través de los testimonios «fossilizados» que proporciona la epigrafía<sup>43</sup>). De allí la ausencia hasta época tardía de esquematismos o simplificaciones, que antes aparecen tan sólo a causa de condicionantes materiales o por la acción bien de una mano veloz, bien de una descuidada o inexperta. La mera presencia de epígrafes, si pueden ser considerados como tales, presupone por tanto la existencia de personas instruidas en el manejo del alfabeto, y puede dar indicios tanto del grado de esa instrucción como de su puesta en práctica.

A este respecto, el grupo de epígrafes de Doña Blanca que estudiamos es, para empezar, paleográficamente coherente con las cronologías arqueológicas, sin que puedan señalarse, con respecto a la escritura de otros lugares del mundo fenicio, características propias relevantes (de acuerdo a lo esperable en esta época).

---

<sup>42</sup> Como mucho, se dan intentos aislados de formalización o regularización de los signos incisos en la epigrafía monumental (sobre todo en época púnica, donde los grafemas regularizados presentan a cambio el aspecto característico de los signos pintados). Cf. p. ej. Peckham (1968).

<sup>43</sup> Sometida a sus específicas dificultades materiales. Es por ejemplo la dificultad específica de la cerámica (diferente de la presentada por las inscripciones en piedra, donde normalmente media un especialista lapicida) la que hace conveniente distinguir paleográficamente las inscripciones sobre cerámica del resto (sobre todo, para minimizar la importancia de algunas variantes y aceptar la rareza de otras); pero tal distinción se vuelve absurda si pretende fundarse y utilizarse de acuerdo a la presunta existencia de una tradición de escritura específica sobre cerámica.

Según veíamos, los autores de la mayor parte de estos breves textos debieron incidirlos sobre sus objetos sin probable mediación especializada, lo que implica una preparación mínima. Esta preparación se muestra en algún caso en las pretensiones y preocupaciones del autor al realizar la incisión. Los esquematismos o simplificaciones se evitan a veces de forma manifiesta, repasando los trazos e incluso ensanchándolos y redondeándolos. Así se aprecia p. ej. en TDB 82003 [Fig. 4], donde el aspecto particular de los signos parece proceder, en realidad, de la voluntad de su autor de no renunciar a los trazos curvos originales. Más claro incluso es TDB 87001 [Fig. 6], donde todos los trazos se han hecho gruesos, sin que la unión entre ellos ni sus segmentos curvos revele las dificultades opuestas por la superficie cerámica. Lo mismo cabría decir, p. ej., de TDB 87030, 89003, 91009 ó 02002 [Fig. 14], en los que letras de trazos curvos (la *l*) e incluso cerrados (la *b*, el *c*) son trazadas, a pesar de las complicaciones del material, sin descuido ni simplificación. Incluso en los casos en los que se opta por grafemas más angulados, como en TDB 86001 [Fig. 5], 89001 [Fig. 9] ó 95001 [Fig. 13] (82004 es más dudoso) el modo de trazado es bueno y los signos son siempre reconocibles.



Fig. 6: TDB 87001.



Fig. 7: TDB 87003.

De modo inverso, otros epígrafes muestran cómo las letras han sido incisas a la manera –sin duda más veloz, pero también más natural– en que los grafemas se trazaban habitualmente sobre sus soportes específicos, esto es, recordando el *ductus* del pincel o cálamo. Documentos como TDB 91001 [Fig. 10] muestran una mano experta que incide con decisión sobre la cerámica, pero sin ulteriores retoques (hasta el punto de que, p. ej., la última de las letras parezca carecer de uno de sus trazos). De gran calidad es también TDB 91007 [Fig. 11], una serie de grafemas incisos con trazo finísimo y –aunque en este caso con la dificultad



añadida de arañar el buen engobe rojo de la superficie del oinóco-manos decidida. Las letras conservadas en un fragmento aislado del hombro de la jarra tienen por ello un aspecto algo más esquemático, pero una proporción y firmeza admirables. Tanto más cuanto que en otros fragmentos de la pieza, que corresponden a la zona baja de la inscripción (pero que por desgracia no se unen físicamente al fragmento anterior) se conservan los trazos inferiores de las letras, que terminan sus formas canónicamente con las inclinaciones y curvas propias de su dibujo, con desenvoltura propia de un pincel. Trazos finales, inferiores, de lo que pudieron ser letras, presenta también TDB 87024 [Fig. 8], en este caso más burdos, pero igualmente correctos en sus inclinaciones y curvas, que terminan los signos bien hacia atrás, bien hacia delante, según es típico del modo fenicio de escribir (que llevaba la escritura de derecha a izquierda en cada línea pero que trazaba muchos de sus signos de izquierda a derecha). Ejemplo de este modo «liviano» de incidir, de mano igualmente suelta pero de menor calidad, es también TDB 87003 [Fig. 7], aunque sin duda el ejemplo más espectacular de texto inciso recordando la documentación original pintada es, por tantas razones, el *óstrakon* TDB 91008 [Fig. 12], cuyo autor quizás merece propiamente ser calificado de escriba. Mientras que no cabe esperar mucha mayor calidad en un documento de este tipo (que debía tan sólo servir a un propósito temporal y práctico, que no pretendía ninguna regularidad o equilibrio, ni recibía preparación previa digna de ese nombre) la mano que lo trazó (sin dudas, con pocas concesiones al material, con perfecto conocimiento del alfabeto), si no a un profesional, pertenece al menos a un experto.

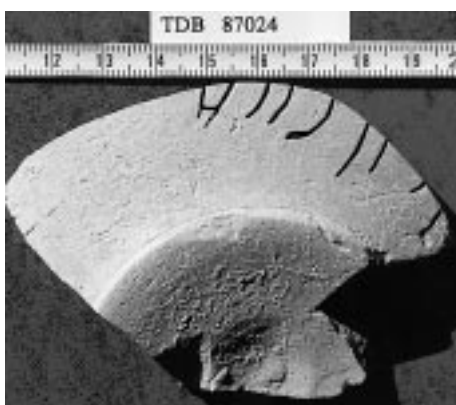


Fig. 8: TDB 87024

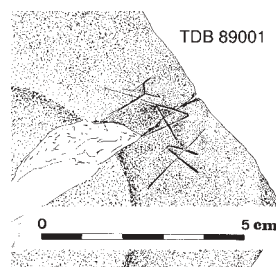


Fig. 9: TDB 89001

Por otro lado, no vemos en este grupo documental los rasgos de simplificación o desviación propios de un uso iletrado o semi-iletrado de los grafemas alfabéticos, aunque habitualmente tales rasgos aparecen sobre todo en signos aislados, muchos de los cuales pueden ser siempre fruto de la imitación o repetición mecánica de letras fenicias. De hecho, muchas de las marcas no grafemáticas que conservamos, también en Doña Blanca, deben reflejar fenómenos parecidos.

Más importante resulta sin embargo el razonamiento opuesto, partiendo de la base documental segura analizada: los epígrafes arcaicos de Doña Blanca que podemos considerar como tales (aunque sean fragmentos mínimos de breves series de grafemas) muestran todos la pericia necesaria de quien sabe trazar los signos alfabéticos conociendo –y no simplemente imitando o repitiendo– lo que escribe. Es difícil establecer similitudes entre las varias manos atestiguadas. Más fácil resulta apreciar las diferencias, más allá de los condicionantes materiales. En algunos de los epígrafes la sabiduría del escriba o escribiente se manifiesta en su soltura y seguridad; en otros, en su cuidado. En todos ellos se manifiesta una competencia en el manejo de la escritura que, en algún caso, se revela auténtica pericia. Tal pericia debió corresponder a un ejercicio regular de su habilidad escribiente, sin duda –como muestran algunos de los documentos estudiados– sobre soportes no conservados en los que la escritura se pintaba o dibujaba.

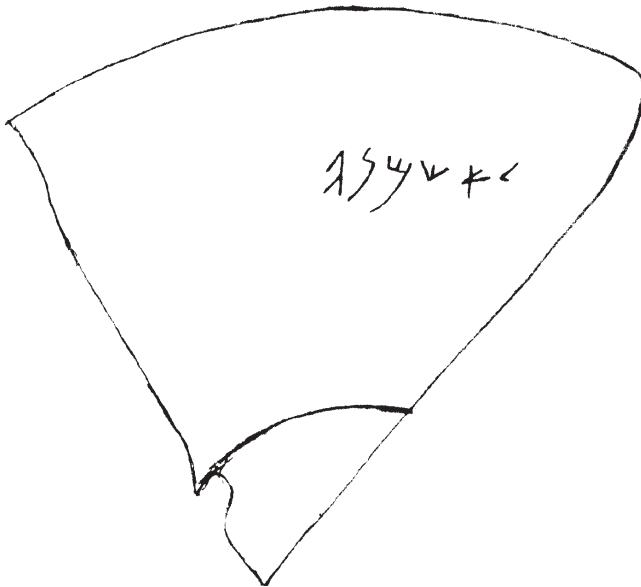


Fig. 10: TDB 91001.

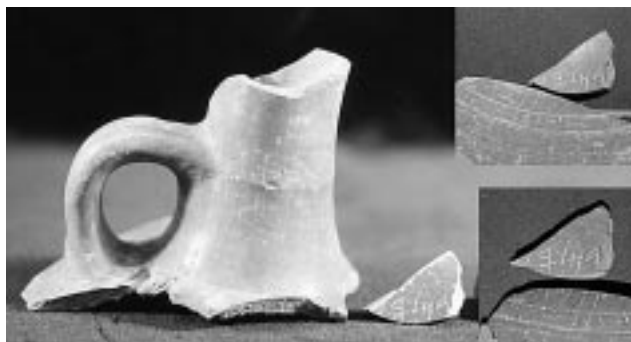


Fig.11: TDB 91007

El tipo y contenido de los documentos conservados nos lleva también en la misma dirección. Por supuesto, el *óstrakon* TDB 91008 [Fig. 12] es quizá el más claro y significativo de los testimonios estudiados, pues remite al uso de la escritura con fines administrativos. Este uso administrativo, ocasionalmente atestiguado en el mundo fenicio gracias al empleo de soportes conservables (sobre todo fragmentos reutilizados de cerámica) fue a no dudar el uso principal del alfabeto en las sociedades fenicias más desarrolladas, y debió acompañar a los fenicios, de la mano de su proverbial actividad comercial, allí a donde fueran. Su aparición en diferentes puntos del universo fenicio<sup>44</sup> presupone, al menos, la existencia de núcleos de actividad económica de una cierta complejidad. En Doña Blanca se han hallado de hecho varios *óstraka*: posteriores, extraños y muy fragmentados son TDB 83001 y 83002, textos a pincel, con tinta roja (cuyo uso se atestigua también en otros documentos), que quizás eran parte de una misma pieza; casi desapercibido podría pasar el también posterior TDB 82002, aparentemente una inscripción menor, dos grafemas aislados, pero en realidad la parte conservada de un texto inciso en la parte interna de un fragmento evidentemente reutilizado de un ánfora. Pero el exponente mejor de este tipo de documentos es ciertamente TDB 91008. Como decíamos, fue trazado con mano ligera, decidida y hábil, en varias líneas que entrecruzan los trazos largos, curvados, de sus signos. Todo lleva a pensar que este tipo de textos, sobre otros soportes, debieron ser habituales en el asentamiento, también porque sabemos (por el registro arqueológico y

---

<sup>44</sup> Recientemente se ha hallado un nuevo ejemplo peninsular, aunque no español, que citábamos anteriormente: en las excavaciones del núcleo urbano de Tavira (Portugal) un fragmento cerámico fue utilizado, por ambas caras, para anotaciones de índole económica (quizás relacionadas con labores constructivas).

por los *óstraka* mismos) que debió darse a buen seguro una cierta complejidad en las actividades económicas. No debe olvidarse, en cualquier caso, que TDB 91008 es un tipo de documento que no nos permite hablar de epigrafía «oficial» o «pública», y que podría perfectamente entenderse en un ámbito de acción enteramente «privado» (salvando las dificultades de los términos).

De hecho, al ámbito privado remite el grueso de los documentos aquí estudiados, que refleja otra práctica: el uso consciente de la escritura sobre objetos como marca de propiedad<sup>45</sup>. El contenido de los textos así lo revela: se atestiguan antropónimos completos y fragmentarios, en algunos casos perfectamente reconocibles como fenicios (pues son teóforos de divinidades a su vez característicamente fenicias, como Eshmún en TDB 91001 [Fig. 10]<sup>46</sup> o Baal en TDB 02002 [Fig. 14], e incluso Gad en TDB 86001 [Fig. 5]; al respecto de este último testimonio hay que decir que, de no interpretarse como antropónimo, estaríamos delante de un principio de alfabeto, un alfabetario, muestra por tanto y de nuevo del conocimiento de la escritura y sus formas de aprendizaje en el lugar<sup>47</sup>). En otros casos los antropónimos son interpretables como tales a través de los elementos conservados o sospechamos su presencia a pesar de la fragmentariedad y oscuridad de los testimonios. En la línea de lo que deducíamos, es probable que muchos de estos antropónimos correspondan al propio autor del epígrafe, lo que nos confirmaría ulteriormente la presencia de un número plural de individuos conocedores del alfabeto en Doña Blanca ya en las primeras etapas del asentamiento. Basta la existencia de los documentos anteriormente citados, que en su variedad implican también la acción de varias manos, para defender la existencia de al menos un pequeño grupo letrado haciendo uso de la escritura fenicia en el lugar desde los primeros momentos de su ocupación oriental.

En definitiva, los epígrafes del yacimiento aportan abundantes testimonios del buen conocimiento y del uso relativamente extendido de la

---

<sup>45</sup> No parece que ninguno de los documentos conservados, bien que fragmentarios, corresponda a inscripciones de otro tipo, p. ej. votivo o funerario, del mismo modo que los contextos arqueológicos, domésticos — aparentemente no culturales y desde luego no de enterramiento — tampoco lo defiende. *Cf. supra*.

<sup>46</sup> Publicado por Cunchillos (1993), pp. 17-24; como ejemplo metodológico, también en Cunchillos, Zamora (1998; 2000<sup>2</sup>), pp. 135-140.

<sup>47</sup> O, si se quiere, de sus usos «paralelos», que no parecen en cualquier caso los que motivan esta inscripción. Fue publicada por Cunchillos (1991), pp. 13-22; de nuevo como ejemplo, también en Cunchillos, Vita (1998), pp. 31-38.

escritura entre sus pobladores fenicios. Partiendo de la epigrafía, y al margen del número o entidad de los epígrafes, es posible reconstruir el uso de la escritura que debemos situar en este particular contexto de la cultura fenicia peninsular. Al menos en estos primeros momentos de poblamiento fenicio bien atestiguado en el área gaditana, esta cultura se manifiesta en los hallazgos como característicamente fenicia, también a la luz de la documentación que genera. Tanto el tipo de epígrafes como su forma y contenido concreto siguen prácticas habituales en la cultura fenicia común, que presupone la existencia de una mayoritaria documentación textual sobre soportes perecederos perdidos. Los epígrafes dejan entrever manos habituadas al manejo de la escritura lineal con otros instrumentos (pincel o cálamo son seguros en el yacimiento con posterioridad, al atestigüarse inscripciones a tinta) y sobre otros soportes –a juzgar por la soltura de algunos trazos y por el nulo esquematismo de mucho de lo inscrito– en prácticas que debieron generar documentación bien diversa a la mayor parte de los testimonios conservados. Éstos proporcionan, no obstante, ejemplos de usos de la escritura que no se agotan en el marco de la epigrafía: los *óstraka* prueban que otro tipo de documentación, en este caso administrativa (reflejo de prácticas económicas de cierta complejidad), era bien conocida. Todo apunta a un buen conocimiento y a un uso integrado y relativamente extenso de la escritura en la cultura fenicia del lugar.



Fig. 12: TDB 91008

## CONCLUSIONES

Llegamos así al final de la argumentación que planteábamos. Hemos pretendido reconsiderar la realidad documental (el número e importancia de los epígrafes fenicios hispanos) a la luz del resto de hallazgos

epigráficos fenicios y de la especial relación de estos hallazgos con la práctica fenicia de escribir (limitando así la base de las interpretaciones que minimizaban la importancia de los fenicios como factor de introducción de la escritura en la Península). Hemos pretendido estudiar después lo que estos epígrafes revelan en realidad sobre los usos de la escritura por parte de los fenicios en la antigua Península Ibérica. Queda, por último, siquiera brevemente (pues corresponde sobre todo a los especialistas en las inscripciones locales valorar el alcance en su campo de lo expuesto) intentar considerar las posibles implicaciones que tales usos pudieron tener (recuperados los fenicios como actores activos) en el proceso de introducción de la escritura entre las poblaciones indígenas.

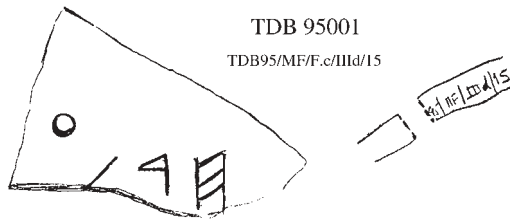


Fig.13: TDB 95001.



Fig.14: TDB 02002.

Uniendo las argumentaciones anteriores, es evidente que los epígrafes fenicios conservados son un remanente mínimo de una documentación mucho más numerosa, perdida junto a su soporte. También los hallados en la Península Ibérica, pues algunos epígrafes fenicios peninsulares de los s. VIII-VII a. C. corroboran la existencia (como mínimo en esa época) de tal documentación perdida. Muestran un uso de la escritura mucho más extenso que el directamente conservado, lo que lleva a pensar en la integración de la escritura como un hecho de cultura

común también entre los fenicios peninsulares. Ésta debió ser la situación del lado fenicio durante este periodo crucial de interacción con las comunidades indígenas (tanto si el periodo empezó en este momento de atestiguación segura como si lo hizo con anterioridad). Comunidades que, en principio (incluso si queremos dejar lugar a hipotéticos estadios previos de conocimiento ocasional, o hasta de desarrollos aislados), partían sin saberes comparables sobre la escritura y sus usos.

Por ello, en el mecanismo de interacción por el que la escritura fenicia, como elemento cultural propio del nuevo factor «colonial», pasó a formar parte de las culturas locales<sup>48</sup>, se hace necesario considerar tanto el elemento en sí mismo como su integración y uso en el seno de la cultura inicial y sus posibilidades de integración y uso en la cultura receptora.

En el plano estrictamente técnico o material, donde el «vector oriental» ya había sido largamente presupuesto (dado, como decíamos, el evidente parentesco morfológico de los primeros signarios locales con la escritura lineal fenicia), es necesario, por un lado, considerar que junto a la herramienta misma de la escritura debieron de introducirse, al menos en un primer momento, una serie de elementos indisociables a la cultura fenicia de escribir que irían desde las formas mismas de aprendizaje en el manejo del signario (hijas de las viejas escuelas escribales del Oriente<sup>49</sup>) a la elección, preparación y uso de los instrumentos materiales (cálamos, soportes –papiros, pieles o telas, maderas, marginalmente soportes duros–, tintas y pinturas). Al menos en sus primeros estadios, e independientemente de cuál fue la forma exacta en que se dieron la introducción y desarrollos locales, éstos debieron verse condicionados por el modo fenicio de escribir, también en su vertiente más material. Siguiendo cuanto decíamos, las consecuencias en el plano documental debieron ser por tanto similares: conservación nula o mínima de testimonios materiales (epigráficos) de la práctica escrita más común. No es de extrañar por tanto

---

<sup>48</sup> Pudiendo estudiarse, en definitiva, tal y como expresaba en un reciente congreso De Hoz (2003 e. p.), como parte del «orientalizante» hispano.

<sup>49</sup> No otra cosa refleja al cabo un testimonio como el de Espanca, donde se atestigua tanto el aprendizaje por repetición (en el que el alumno ejecuta de nuevo el ejercicio realizado por el maestro) como la mnemotecnia del alfabetario (la repetición ordenada del elenco completo de signos, trazados de la manera debida —obligando a la mano a repetir siempre del mismo modo el recorrido correcto que forma los trazos del signo, hasta su mecanización— y en el orden canónico). Aunque esta síntesis de las viejas formas orientales de aprendizaje escribales debió ser la base del aprendizaje de la escritura también en las culturas mediterráneas a las que se expande, la cercanía del ejemplo peninsular a lo que debieron ser los modos fenicios es palpable.

—como ocurre también en otros fenómenos de desarrollo de sistemas gráficos derivados del lineal fenicio— que los testimonios iniciales de escritura local (incluidos los hipotéticos ensayos y adaptaciones más cercanos al original) puedan resultar escasísimos o inexistentes.

Como consecuencia, los testimonios ocasionales de escritura fruto de la elección de un soporte marginal pudieron hacerse más numerosos allí donde algunos de estos soportes —como los conservables fragmentos cerámicos o las placas de piedra— se hicieron más frecuentes (por razones que pueden ir desde la ausencia o escasez de los soportes específicos originales a su carestía, algo quizá tanto más posible cuanto menos común resultara la práctica de escribir), pudiendo darse incluso nuevas elecciones que hicieran de los soportes conservables los específicos del nuevo ámbito (o de una determinada documentación dentro de él). En el horizonte más antiguo y en las áreas más cercanas a los asentamientos orientales, sin embargo, la escasez de testimonios más bien apunta, por el momento, a usos materiales comunes cercanos a los fenicios, algo no extraño en las áreas de mayor y más intenso contacto.

Pero la posible asunción por parte indígena de usos de escribir similares a los usos fenicios debió de tener repercusiones igualmente importantes más allá del plano meramente material. Si, como decíamos, una parte de los testimonios conservados nos llega en el mundo fenicio por la elección ocasional de un soporte marginal conservable, la parte mejor conocida nos llega en cambio por la elección buscada de estos soportes (la llamada a veces epigrafía «propriadamente dicha»). Como veíamos, esta epigrafía emanaba entre los fenicios de contextos en los que se explicaba y justificaba la incisión consciente de un texto duradero por la existencia, sobre todo, de una cultura propicia, desarrollada como rasgo particular en el seno de formas de organización social determinadas. El contexto social de los fenicios peninsulares, cuyas formas exactas de organización desconocemos, pero que pudieron no dar lugar a la producción de una parte de estos epígrafes, pudo limitar el conocimiento de estas formas de epigrafía entre las poblaciones locales, pero pudo también proporcionar a éstas el instrumento necesario para, en formas sociales diferentes, en el seno de culturas diferentes, desarrollarlas e integrarlas en su propia cultura de forma propia<sup>50</sup>.

---

<sup>50</sup> El empleo «monumental» más conocido de las más antiguas escrituras indígenas (el caso de las llamadas estelas del sudoeste) parece responder a un fenómeno de este tipo, integrando la escritura en un elemento ideológico preexistente o contemporáneo al servicio de formas de organización social determinadas (bien lejanas de las que probablemente se dieron los fenicios en la Península).



Añádase a todo ello que la introducción de la escritura entre diferentes comunidades locales pudo hacerlas pronto, a su vez, protagonistas de desarrollos y extensiones independientes o de influencias ulteriores en las prácticas de escribir. Las mismas poblaciones fenicias peninsulares pudieron, por su parte, evolucionar en este aspecto de forma relativamente independiente a otras áreas del universo fenicio<sup>51</sup>, algo que bien pudo condicionar la historia de la epigrafía local en sus zonas de influencia<sup>52</sup>. El fenómeno de interacción entre diferentes sociedades con diferentes integraciones de la escritura y sus usos, que podemos contemplar en origen como, esencialmente, la aportación germinal de un importante elemento de cultura, continua después con una complejidad que, como veíamos, podría no quedar siempre directamente reflejada en las fuentes.

Unas y otras consideraciones podrían ayudar, quizá, a comprender mejor el lagunar panorama documental proporcionado por las poblaciones locales; a comprender mejor los usos de la escritura que originan los testimonios conservados y a interpretar mejor los usos no atestigüados; a comprender mejor la manera en que unos y otros se introducen y desarrollan, de manera desigual de acuerdo a su desigual situación (cercana o lejana en lo geográfico, en lo cultural, en lo económico o en lo social) frente a las poblaciones orientales y, en seguida, frente a otras poblaciones locales; a comprender mejor, en definitiva, los múltiples elementos de un fenómeno cuya importancia debió estar a la altura de su complejidad.

---

<sup>51</sup> Queda para ulteriores trabajos el estudio de los epígrafes peninsulares de épocas más tardías, en especial de época púnica, donde se hace necesario estudiar si esta documentación posterior mantiene particularidades propias, refleja un desarrollo original o muestra influencias y contactos —y por tanto sintonías— con usos externos (algo menos evidente de lo que parece incluso en los periodos de más intensa presencia púnica en la Península), y en qué medida podrían ser significativos en la comprensión del desarrollo general de la epigrafía hispánica. Más difícil parece en cambio rastrear las posibles influencias que sobre los fenicios o púnicos peninsulares tuvieran las costumbres de escribir locales.

<sup>52</sup> En esta línea se expresa, en efecto, al valorar la escasez de epígrafes entre los pueblos paleohispánicos meridionales y su pertenencia total al ámbito de lo privado, F. Beltrán (2002 e. p.): «Este modelo de expresión escrita ... podría haberse visto influido por el contacto con los fenicios, fuertemente implantados en la costa meridional andaluza desde el siglo VIII a. E., que, al margen de rótulos sobre *instrumentum*, no desarrollaron en Hispania una expresión epigráfica propiamente dicha, pese a estar atestigüado el empleo del alfabeto fenicio hasta comienzos del Principado». Agradezco al prof. Beltrán el envío de su artículo y el estímulo e interés mostrado durante el desarrollo de este trabajo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Amadasi, M. G. (1967): *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente* (Studi Semitici 28), Università di Roma, Roma.
- Amadasi, M. G. (1978): «Remarques sur la présence phénico-punique en Espagne d'après la documentation épigraphique», *Actes du Deuxième Congrès International de la Méditerranée Occidentale* I, Alger, pp. 33-42.
- Amadasi, M. G. (1991a): «Iscrizioni», M. G. Amadasi, C. Bonnet, S. M. Cecchini, P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia*, Roma, pp. 128 y ss.
- Amadasi, M. G. (1991b): «Letteratura», M. G. Amadasi, C. Bonnet, S. M. Cecchini, P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia*, Roma, pp. 131 y ss.
- Amadasi, M. G. (1991c): «Papiri», M. G. Amadasi, C. Bonnet, S. M. Cecchini, P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia*, Roma, p. 166.
- Amadasi, M. G. (1994): «Appunti su iscrizioni fenicie in Spagna», A. González Blanco, J.-L. Cunchillos, M. Molina (eds.), *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura*, ERM, Murcia, pp. 193-203.
- Amadasi, M. G. (1995): «Les inscriptions», V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill, Leiden, pp. 19-30.
- Belmonte, J. (2003): «Escribas y archivos en el mundo fenicio-púnico», A. González Blanco, J. P. Vita, J. Á. Zamora (eds.), *De la tablilla a la inteligencia artificial. Homenaje a J. L. Cunchillos*, IEIOP, Zaragoza, pp. 341-364.
- Beltrán, F. (2002 e. p.): «Diversidad cultural y epigrafía: el ejemplo de Hispania (siglos II-I a. E.)», I. La expresión epigráfica antes del principado», *XII Congressus Internationalis epigraphiae Graecae et Latinae, Barcelona 3-8 septiembre 2002*, Barcelona, en prensa.
- Bondì, S. F. (2003): «Il magistrato», Zamora, J. Á. (ed.), *El hombre fenicio*, EEHA (CSIC), Roma, pp. 33-41.
- Bonnet, C. (1991a): «Les scribes phénico-puniques», Cl. Baurain, C. Bonnet, V. Krings (eds.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée. Actes du Colloque de Liège, 15-18 novembre 1989*, Société des études classiques, Namur, pp. 147-171.
- Bonnet, C. (1991b): «Scribi», M. G. Amadasi, C. Bonnet, S. M. Cecchini, P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia*, Roma, pp. 186-188.
- Bonnet, C. (2003): «Le scribe», J. Á. Zamora (ed.), *El hombre fenicio*, EEHA (CSIC), Roma, pp. 57-65.
- Bron, F. (1979): *Recherches sur les inscriptions phéniciens de Karatepe*, Genève, Paris.
- Córdoba, I., Ruiz Mata, D. (2003 e. p.): «El asentamiento fenicio arcaico de la calle Canovas del Castillo (Cádiz). Un análisis preliminar», *Actas del Congreso de Protohistoria del Mediterráneo Occidental: El periodo Orientalizante. Mérida, 5-8 de Mayo de 2003 (Anexos de AEspA)*, CSIC, Madrid, en prensa.

- Cunchillos, J.-L. (1990): «Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (III). TDB 89001 y 89003», *AuOr* 8, pp. 175-181.
- Cunchillos, J.-L. (1991): «Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (II)», *Sefarad* 51, pp. 13-22.
- Cunchillos, J.-L. (1992): «Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (IV)», *Sefarad* 52, pp. 75-82.
- Cunchillos, J.-L. (1993): «Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (V)», *Sefarad* 53, pp. 17-24.
- Cunchillos, J.-L. (1994): «Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (I). Primera aproximación», A. González Blanco, J.-L. Cunchillos, M. Molina (eds.), *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura*, ERM, Murcia, pp. 205-216.
- Cunchillos, J. L. (1999): «The Correspondence of Ugarit 1. The Ugaritic Letters», W. G. E., Watson, N. Wyatt (eds.), *Handbook of Ugaritic Studies*, Brill, Leiden, Boston, Köln, pp. 359-374.
- Cunchillos, J.-L., Zamora, J. Á. (1997; 2000<sup>2</sup>): *Gramática Fenicia Elemental*. CSIC, Madrid.
- Cunchillos, J.-L., Vita, J.-P. (1998): *Introducción a la lectura crítica de documentos antiguos. Textos semíticos noroccidentales del II y I milenio a. C.*, CSIC, Madrid.
- Cunchillos, J.-L., Xella, P., Zamora, J. Á. (2000 e. p.): «Il corpus informatizzato delle iscrizioni fenicie e puniche: un progetto italo-spagnolo», *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punic* (Palermo/Marsala 2000), en prensa.
- Cunchillos, J.-L., Vita, J.-P., Zamora, J. Á. (2003a): *The Texts of the Ugaritic Data Bank*, Gorgias Press, Piscataway (NJ).
- Cunchillos, J.-L., Zamora, J. Á. (2004): «La epigrafía fenicia del yacimiento del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)», *Palaeohispanica* 4, pp. 111-134.
- Dietrich, M., Loretz, O., Sanmartín, J. (1976): *Die keilalphabetischen Texte aus Ugarit einschliesslich der keilalphabetischen Texte ausserhalb Ugarits*, Neukirchener Verlag, Neukirchen-Vluyn.
- Dietrich, M., Loretz, O., Sanmartín, J. (1995): *Cuneiform Alfabetic Texts from Ugarit, Ras Ibn Hani and Other Places*, Ugarit-Verlag, Münster.
- Donner, H., Röllig, W. (1966-69): *Kanaanäische und Aramäische Inschriften* (KAI), I-III, Harrassowitz, Wiesbaden (vol. I, 2003<sup>5</sup> *erweiterte und überarbeitete Auflage*).
- Dossin, G. (1969): «Trois inscriptions cunéiformes de Byblos», *Mélanges de l'Université Saint Joseph* 45, 244 y ss.
- Durand, J. M. (ed.) (1997-2000): *Documents épistolaires du palais de Mari* (3 vol.) (LAPO, Les éditions du Cerf), Paris.

- Fuentes, M.<sup>a</sup> J. (1986a): «Corpus de las inscripciones fenicias de España», *Aula Orientalis* 4, pp. 5-30.
- Fuentes, M.<sup>a</sup> J. (1986b): *Corpus de las inscripciones fenicias, púnicas y neopúnicas de España*, [Autora], Barcelona.
- Galán, J. M. (1998): *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*, CSIC, Madrid.
- Garbini, G. (1990): «Appunti per una storia della letteratura fenicia», *Semitica* 38, pp. 133-136.
- Garbini, G. (1991): «La letteratura dei Fenici», *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, CNR, Roma, pp. 489-494.
- Greenfield, J. C. (1971): «Scripture and Inscription: The Literary and Rhetorical Element in Some Early Phoenician Inscriptions», H. Goedicke (ed.), *Near Eastern Studies in Honour of W. F. Albright*, Baltimore, pp. 253-258.
- Helck, W. (1962, 1971<sup>2</sup>): *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, Wiesbaden.
- Helck, W. (1994): «Byblos und Ägypten», E. Acquaro, F. Mazza, S. Ribichini, G. Scandone, P. Xella (eds.), *Biblo. Una città e la sua cultura. Atti del Colloquio Internazionale (Roma, 5-7 dicembre 1990)*, CNR, Roma, pp. 105-112.
- Hoz, J. de (1991), «The Phoenician Origin of the Early Hispanic Scripts», Cl. Baurain, C. Bonnet, V. Krings (eds.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée. Actes du Colloque de Liège, 15-18 novembre 1989*, Société des études classiques, Namur, pp. 669-682.
- Hoz, J. de (1992): «Graffiti», E. Lipinski (ed.), *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Brepols, Turnhout, pp. 195-196.
- Hoz, J. de (2002): «Grafitos cerámicos griegos y púnicos en la España Prerromana», *AEspA* 75, pp. 75-91.
- Hoz, J. de (2003 e. p.): «La recepción de la escritura en Hispania como fenómeno orientalizante», *Actas del Congreso de Protohistoria del Mediterráneo Occidental: El periodo Orientalizante. Mérida 5-8 de Mayo de 2003 (Anexos de AEspA)*, CSIC, Madrid, en prensa.
- Huehnergard, J. (1999): «The Correspondence of Ugarit 2. The Akkadian Letters», W. G. E. Watson, N. Wyatt (eds.), *Handbook of Ugaritic Studies*, Brill, Leiden, Boston, Köln, pp. 375-389.
- Krings, V. (1995): «La littérature phénicienne et punique», V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill, Leiden, pp. 31-38.
- Krings, V. (2003): «Le chef d'armes», J. Á. Zamora (ed.), *El hombre fenicio*, EEHA (CSIC), Roma, pp. 89-102.
- Lemaire, A. (1991): «L'écriture phénicienne en Cilicie et la diffusion des écritures alphabétiques», Cl. Baurain, C. Bonnet, V. Krings (eds.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée. Actes du Colloque de Liège, 15-18 novembre 1989*, Société des études classiques, Namur, pp. 133-146.

- Lipinski, E. (1992): «Litterature», E. Lipinski (ed.), *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Brepols, Turnhout, pp. 263-264.
- Liverani, M. (1998): *Le lettere di el-Amarna 1. Le lettere dei «Piccoli Re»*, Brescia.
- Liverani, M. (1999): *Le lettere di el-Amarna 2. Le lettere dei «Grandi Re»*, Brescia.
- Loretz, O. (1994): «Mari, Ugarit und Byblos», E. Acquaro, F. Mazza, S. Ribichini, G. Scandone, P. Xella (eds.), *Biblo. Una città e la sua cultura. Atti del Colloquio Internazionale (Roma, 5-7 dicembre 1990)*, CNR, Roma, pp. 113-124.
- Matthiae, P., Pinnock, F., Scandone Matthiae, G. (eds.) (1995): *Ebla. Alle origini della civiltà urbana in Siria*, Milano.
- Matthiae, P. (1989): *Ebla. Un impero ritrovato*, Torino.
- Moran, W. (1992): *The Amarna Letters*, Baltimore.
- Peckham, J. B. (1968): *The Development of the Late Phoenician Scripts*, Harvard University Press, Harvard.
- Röllig, W. (1983): «Phönizische gefässinschriften vom Morro de Mezquitilla», *Madrider Mitteilungen* 24, pp. 132-144.
- Röllig, W. (1986): «Contribución de las inscripciones fenicio-púnicas al estudio de la protohistoria de España», *Aula Orientalis* 4, pp. 51-58.
- Röllig, W. (1995a): «L'alphabet», V. Krings, (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill, Leiden, pp. 193-214.
- Röllig, W. (1995b): «Anatolie», V. Krings, (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill, Leiden, pp. 640-645.
- Röllig, W. (1999): «Appendix I, The Phoenician Inscriptions», H. Çambel, *Corpus of Hieroglyphic Luwian Inscriptions II: Karatepe, Aslantas*, Berlin, New York, pp. 50-81.
- Ruiz Mata, D., Pérez, C. J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz) (Biblioteca de Temas Portuenses 5)*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, El Puerto de Santa María (Cádiz).
- Ruiz Mata, D. (1999): «La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: Contrastación textual y arqueológica», *Complutum* 10, pp. 279-317.
- Sader, H. (2005): *Iron Age Funerary Stelae from Lebanon (CAM 11)*, Publicaciones del Laboratorio de Arqueología de la Univ. Pompeu Fabra, Barcelona 2005.
- Sass, B. (1991): *Studia Alphabetica. On the Origin and Early History of the Northwest Semitic, South Semitic and Greek Alphabet*, Freiburg.
- Scandone, G. (1994): «La cultura egiziana a Biblo attraverso le testimonianze materiali», E. Acquaro, F. Mazza, S. Ribichini, G. Scandone, P. Xella (eds.), *Biblo. Una città e la sua cultura. Atti del Colloquio Internazionale (Roma, 5-7 dicembre 1990)*, CNR, Roma, pp. 37-48.

- Scandone, G. (1995): «Les sources égyptiennes», V. Krings, (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill, Leiden, pp. 57-63.
- Scandone, G., Xella, P. (1995): «Égypte», V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill, Leiden, pp. 632-639.
- Solá Solé, J. M. (1966): «Nueva inscripción fenicia de España (Hispania 14)», *RSO* 41, pp. 97-108.
- Szynger, M. (1994): «Les inscriptions “pseudo-hiéroglyphiques” de Byblos», E. Acquaro, F. Mazza, S. Ribichini, G. Scandone, P. Xella (eds.), *Biblio. Una città e la sua cultura. Atti del Colloquio Internazionale (Roma, 5-7 dicembre 1990)*, CNR, Roma, pp. 167-178.
- Tekoglu, R., Lemaire, A. (2000): *La Bilingue royale louvito-phénicienne de Cineköy*, Paris.
- Watson, W. G. E., Wyatt, N. (eds.) (1999): *Handbook of Ugaritic Studies*, Brill, Leiden, Boston, Köln.
- Xella, P. (1995), «Les sources cunéiformes», V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill, Leiden, pp. 39-41.
- Xella, P. (2003): «Il re», J. Á. Zamora (ed.), *El hombre fenicio*, EEHA (CSIC), Roma, pp. 23-32.
- Zamora, J. Á. (1998): «Banco de Datos Filológicos Semíticos Noroccidentales: Fenicio. Primeros módulos del software “Melqart”», J.-L. Cunchillos, J. M. Galán, J. Á. Zamora (eds.), *El Mediterráneo en la antigüedad: Oriente y Occidente, Actas del I Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo, Madrid, 29 de septiembre - 2 de octubre 1997* (CD-ROM), CEPO, Madrid, s. l.
- Zamora, J. Á. (2000): «Las inscripciones fenicias en el III milenio d. C. El *Corpus Inscriptionum Phoenicarum necnon Punicarum*», *Memoria de la Academia de España en Roma 2000*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Roma, pp. 112-115.
- Zamora, J. Á. (ed.) (2003): *El hombre fenicio*, EEHA (CSIC), Roma.
- Zamora, J. Á. (2003 e. p.): «El nuevo *corpus* epigráfico fenicio y las inscripciones fenicias halladas en la Península Ibérica: estado actual y primeras consideraciones», *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Congreso de Protohistoria del Mediterráneo Occidental: El periodo Orientalizante. Mérida, 5-8 de Mayo de 2003 (Anexos de AEspA)*, CSIC, Madrid, en prensa.
- Zamora, J. Á. (2004): «Los textos invisibles: la documentación fenicia y la introducción de la escritura en la Península Ibérica», J. Fernández Jurado *et alii* (eds.), *Actas del III Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo (Huelva, 29 de septiembre - 2 de octubre de 2003)*, Diputación Provincial de Huelva, Huelva 2004 (= *Huelva Arqueológica* 19), pp. 299-318.
- Zamora, J. Á. (2005 e. p.): «Les inscriptions alphabétiques du second millénaire: la documentation ougaritique en dehors des tablettes», Michaud, J.-M. (ed.), *Le royaume d'Ougarit de la Crète à l'Euphrate. Nouveaux axes de recherche / The Kingdom of Ugarit from Crete to Euphrat: New perspectives of research*, Sherbrooke University, Sherbrooke 2005, en prensa.